

Distr.
RESTRINGIDA
LC/R.2108
6 de noviembre de 2003
ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL
Comisión Económica para América Latina y el Caribe
OIJ
Organización Iberoamericana de Juventud

JUVENTUD E INCLUSIÓN SOCIAL EN IBEROAMÉRICA



Este documento no ha sido sometido a revisión editorial.

03-10-758

ÍNDICE

	<i>Página</i>
I. INTRODUCCIÓN: TENSIONES Y PARADOJAS DE LA JUVENTUD	1
II. ¿QUIÉNES, CUÁNTOS, CÓMO? DINÁMICAS DEMOGRÁFICAS E INCLUSIÓN SOCIAL	5
II.1 Transición demográfica y opciones de inclusión por dinámica demográfica.....	5
II.2 Reproducción y desigualdad durante la juventud	6
II.3 Familia y autonomía	9
II.4 Segregación residencial y migración internacional	10
III. DESARROLLO DE CAPACIDADES E INCLUSIÓN SOCIAL: LA EDUCACIÓN	13
III.1 Dónde estamos en educación.....	13
III.2 Discontinuidad y desigualdad educativas en la juventud iberoamericana.....	14
III.3 Continuidad educacional para promover la inclusión.....	16
III.4 Educación y sociedad del conocimiento: superando la brecha digital.....	17
III.5 Educación e inclusión social: dimensiones emergentes	19
IV. GENERACIÓN DE OPORTUNIDADES E INCLUSIÓN SOCIAL: TRABAJO Y EMPLEO	21
IV.1 La situación crítica de los jóvenes	21
IV.2 Promover oportunidades productivas para la juventud, eje de la Inclusión social.....	24
V. PARTICIPACIÓN JUVENIL Y CIUDADANÍA.....	27
V.1 Un nuevo escenario de participación y ciudadanía.....	27
V.2 Cómo participa la juventud.....	28
V.3 Promoviendo la participación y la ciudadanía.....	31
Bibliografía.....	35
Anexo	37

I. INTRODUCCIÓN: TENSIONES Y PARADOJAS DE LA JUVENTUD

Invertir en los y las jóvenes iberoamericanos de hoy no es sólo una necesidad para garantizar el relevo de la fuerza de trabajo e incrementar el potencial productivo de las economías nacionales. Más que eso, es una urgencia para avanzar hacia sociedades más incluyentes en acceso al bienestar y a la participación ciudadana, y en el uso productivo del conocimiento.

El ciclo etario de la juventud es decisivo para perpetuar o revertir la reproducción intergeneracional de la exclusión social. Es allí donde se define el eslabonamiento entre educación y empleo, la inserción en la sociedad de la información, la autonomización económica y habitacional, y la constitución de núcleos familiares nuevos. Por lo tanto, actuar para y con los jóvenes es clave si se trata de proyectar sociedades más inclusivas a futuro.

La inclusión social de los jóvenes es, también, clave para imprimirle sustentabilidad a las democracias en Iberoamérica. Las distintas formas de exclusión socioeconómica y política amenazan la gobernabilidad futura, y en esto los jóvenes pueden ser tanto víctimas como disruptores. En la medida que es el grupo social y etario que sufre con más virulencia la crisis de expectativas —por la disociación entre escolaridad y empleo, entre alto consumo de imágenes y bajo consumo material, entre alto manejo de información y baja oferta de oportunidades—, la juventud puede resultar disruptiva en términos de convivencia social y democrática. Por el contrario, ampliar la participación juvenil e integrar a los jóvenes a las redes de promoción (educación oportuna, comunicación ampliada y trabajo productivo) cimienta la gobernabilidad democrática a futuro.

Los jóvenes viven hoy con mayor dramatismo que el resto de la población iberoamericana una serie de tensiones o paradojas, y es necesario tener en cuenta tales tensiones para idear estrategias de inclusión social de la juventud.

Una primera tensión o paradoja es que la juventud goza de *más acceso a educación* y *menos acceso a empleo*. Los jóvenes de hoy tienen más años de escolaridad formal que las generaciones precedentes, pero al mismo tiempo duplican o triplican el índice de desempleo respecto de esas generaciones. En otras palabras, están más incorporados en los procesos consagrados de adquisición de conocimientos y formación de capital humano, pero más excluidos de los espacios en que dicho capital humano puede realizarse, a saber, el mundo laboral y la fuente de ingresos para el bienestar propio. En parte porque el progreso técnico exige más años de educación para acceder a empleos modernos, y por tanto enfrentamos una dinámica de *devaluación educativa* (la misma cantidad de años de escolaridad "valen menos" hoy que hace dos décadas); en parte porque la nueva organización laboral restringe puestos de trabajo y hace más inestable el empleo.

Una segunda paradoja o tensión es que los jóvenes gozan de *más acceso a información* y *menos acceso a poder*. Por un lado la juventud tiene proporcionalmente mayor participación en redes informáticas que otros grupos etarios, y también más acceso a información por su alto nivel de escolarización y de consumo de los medios de comunicación. Pero por otro lado participan menos de espacios decisorios de la sociedad, sobre todo en la esfera del Estado. Aquí también existe una asincronía entre mayor inclusión juvenil en cuanto a acceso a información y redes (véase gráfico A.1 en Anexo), y mayor exclusión por el lado de la ciudadanía política.¹ Si de una parte los jóvenes manejan e intercambian

¹ En Brasil, por edad, el 15.8% de los jóvenes de 14-19 años de edad ha usado Internet, contra el 11.3 en la población de 20-35 años, el 5.6 % en edad 36-45 y el 3% en mayores de 46; y para el caso de uso de

más información que otros grupos etarios, por otra parte se sienten poco representados por el sistema político, y estigmatizados como disruptores por los adultos y las figuras de autoridad.

Una tercera tensión se da porque la juventud cuenta hoy con *más destrezas para la sociedad de la comunicación y menos opciones de autonomía*. Los jóvenes cuentan con capacidades que los adultos no tienen para insertarse en los nuevos desafíos de la sociedad de la comunicación, tales como más años de escolaridad, mayor fluidez en la "convergencia digital", y un uso más familiarizado con la comunicación interactiva a distancia. Al mismo tiempo, han interiorizado las expectativas de autonomía propias de la sociedad moderna y postmoderna; y esta expectativa es mayor que en generaciones precedentes que crecieron bajo patrones más tradicionales. Sin embargo, chocan con factores concretos que les postergan la realización de esa misma autonomía: mayor dilación en la independencia económica porque hoy hay mayores requerimientos formativos y más dificultades de obtener una primera fuente de ingresos; y mayores dificultades de acceder a una vivienda autónoma por problemas de mercado de suelos urbanos y acceso al crédito. Así, están más socializados en nuevos valores y destrezas, pero más excluidos de los canales para traducirlas en vidas autónomas y realización de proyectos propios. Esta tensión acrecienta la crisis de expectativas de los y las jóvenes.

Una cuarta tensión o paradoja está dada porque los y las jóvenes están *mejor provistos de salud pero menos reconocidos en su morbimortalidad específica*. Es sabido que el ciclo de la juventud son muy bajas las probabilidades de enfermar gravemente o morir por causas endógenas. Pero por otro lado existe un perfil de morbimortalidad juvenil dado por la mayor prevalencia de accidentes, agresiones físicas, uso nocivo de drogas, enfermedades de transmisión sexual, embarazos no deseados y precoces, y otros, que no encuentra un sistema integrado de atención en los servicios de salud. De manera que los jóvenes viven un contraste entre buena salud y riesgos sanitarios poco cubiertos. Tanto desde la perspectiva de la atención en salud (en sus diferentes niveles) como de prevención de riesgos.

Una quinta paradoja o tensión consiste en que los y las jóvenes son *más dúctiles y móviles, pero al mismo tiempo más afectados por trayectorias migratorias inciertas*. Las restricciones en empleo, ingresos y desarrollo personal de los y las jóvenes en muchos países de la región, sumado a los tradicionales factores de expulsión en zonas rurales que llevan a la juventud a desplazarse, plantean hoy el fenómeno migratorio como uno de los temas de inclusión/exclusión social. Esto alude tanto a las condiciones de expulsión como a las situaciones en los lugares de recepción. En estos últimos la exclusión de los recién llegados se da porque no tienen plena ciudadanía, no forman parte de la sociedad que los recibe, tienen dificultades para acceder a empleos estables, y deben asimilarse a otra cultura. Países como Uruguay, Ecuador y Perú están viviendo una migración masiva de la población joven hacia fuera del país. Y si bien la mayor movilidad de los y las jóvenes puede ser considerado un rasgo positivo, sus dinámicas y trayectorias migratorias ponen un signo de interrogación sobre sus opciones para integrarse en otras naciones, así como sobre cómo moderar los flujos interviniendo en los factores de expulsión.

Una sexta paradoja o tensión consiste en que los jóvenes son *más cohesionados hacia adentro pero más segmentados en grupos heterogéneos y con mayor impermeabilidad hacia fuera*. Sin duda los nuevos patrones de consumo cultural de la juventud, sobre todo en relación a la industria audiovisual, provee de íconos y referentes que permiten a gran parte de este grupo etario generar identidades

computadores personales estos índices etarios eran del 27, 19, 13.7 y 6.3% respectivamente (Datos del Ministerio de Salud de Brasil, 1999, citado por Hilbert, 2001b). Ver también gráfico 1 en Anexo para los casos de Chile y México.

colectivas y participar de universos simbólicos. Si bien estos referentes de identidad pueden ser cada vez más efímeros, diversos y cambiantes, hacen de la juventud un actor de gran creatividad cultural. Pero por otro lado se trata de identidades poco consolidadas, fragmentarias, a veces bastante cerradas, que contrastan con las crecientes dificultades para armonizarse con el resto de la sociedad. Sobre todo con la población adulta y las figuras de autoridad. Ejemplo de ello son las distancias que separan la cultura juvenil de la cultura de la escuela. De manera que a veces la inclusión hacia adentro va tensionada, en términos de valores y de identidad, con exclusión hacia fuera.

En séptimo lugar, los jóvenes parecen ser *más aptos para el cambio productivo pero más excluidos del mismo*. Los principales signos de estos tiempos son la institucionalización del cambio y la centralidad del conocimiento como motor del crecimiento, y ambos factores colocan a la juventud en una situación privilegiada para aportar al desarrollo. Así, la juventud pasa a ser el segmento de la población cuya dinámica se acompasa naturalmente al ritmo de los tiempos, mientras que lo contrario sucede con la población adulta, para la cual la celeridad de las transformaciones en el mundo de la producción reduce el valor de mercado de su experiencia acumulada y coloca sus destrezas en permanente riesgo de obsolescencia. De este modo el foco de la dinámica se desplaza a las nuevas generaciones (CELADE, 2000, p.13). Sin embargo, mientras los actuales estilos de desarrollo exigen un aprovechamiento óptimo del tipo de activos que se concentran en la juventud, se da la paradoja que aumenta la exclusión social entre los jóvenes, destacándose como principal evidencia las importantes tasas de deserción y fracaso escolar y los elevados niveles de desempleo juvenil en la región, que duplican y hasta triplican en varios casos al desempleo adulto (Ernesto Rodríguez, 2002).

Una octava tensión, que resume parte de las anteriores, permite contrastar *autodeterminación y protagonismo* de un lado, y *precariedad y desmovilización*, del otro. En el lado positivo, se da una creciente autodeterminación juvenil en tanto individuos con derechos específicos; una creciente disponibilidad de espacios de libertad que antes eran privativos de los emancipados (por ejemplo, en el uso del tiempo o en las relaciones de pareja); y mayor atención que los mercados ponen en los jóvenes, dado que son un segmento específico y fuerte de consumo. En el reverso negativo, persiste la iniciación reproductiva que no se posterga y sobre todo la fecundidad adolescente que no baja; se observa una baja participación electoral y la consiguiente desmotivación para involucrarse en el sistema político; y escaso poder de compra autónomo por falta de trabajo. Esta paradoja o tensión se da con mayor fuerza en América Latina que en España y Portugal.

Finalmente, la juventud ostenta un lugar ambiguo *entre receptores de políticas y protagonistas del cambio*. De una parte los y las jóvenes son vistos como receptores pasivos de servicios públicos, sobre todo la educación (pero no exclusivamente). Por otra parte son considerados los actores estratégicos en el desarrollo de sociedades más igualitarias y democráticas. Si la edad los confina a ser receptores de distintas instancias de formación y de disciplinamiento, por otro lado se difunde en los medios y en la escuela el mito de una juventud protagonista de los cambios y portadora de nuevos modelos de interacción social. La juventud se ve, pues, tensionada entre la dependencia institucional y el valor de la participación autónoma (BID y UNESCO, 2002).

En síntesis, la juventud padece una combinación explosiva: mayores dificultades para incorporarse al mercado laboral de acuerdo con sus niveles educativos; un previo proceso de educación y culturización en que han introyectado el *potencial económico* de la propia formación, desmentido luego cuando entran con pocas posibilidades al mercado del trabajo; mayor acceso a información y estímulo en relación a nuevos y variados bienes y servicios a los que no pueden acceder y que, a su vez, se constituyen para ellos en símbolos de movilidad social; una clara observación de cómo otros acceden a estos bienes en un esquema que no les

parece meritocrático; y todo esto en un momento histórico, a escala global, donde no son muy claras las reglas para acceder a los beneficios del progreso.

A medida que se expande el consumo simbólico (por mayor acceso de la juventud a educación formal, a medios de comunicación, a mundos virtuales y a los íconos de la publicidad), *pero se estanca el consumo material*, (porque la pobreza juvenil no se reduce y se restringen las fuentes de generación de ingresos), se abren las brechas entre expectativas y logros. Los jóvenes quedan expuestos a un amplio abanico de propuestas de consumo, y la cultura juvenil cobra mayor presencia en los cambios sensibilidad de las sociedades iberoamericanas. Pero gran parte de los y las jóvenes ven pasar las oportunidades de movilidad social por la vereda de enfrente, sea porque el mercado laboral demanda aún más formación, sea por falta de acceso a redes de promoción. La democratización de la imagen convive con la concentración del ingreso. De este modo se recalienta la pugna distributiva y el orden social se ve remecido por la inestabilidad política o la violencia delictiva.²

Este conjunto de paradojas permite, en cierto modo, dibujar el mapa de la exclusión e inclusión de los y las jóvenes de cara al futuro. Los iberoamericanos vivimos estas paradojas no como un juego semántico sino como desgarros cotidianos. Resolverlas implica concertar la acción de distintos actores. La situación laboral crítica de los jóvenes, y sobre todo la poca claridad que se da hoy en el eslabonamiento entre educación formal y trayectorias laborales posteriores, tiene a los y las jóvenes en una situación de aguda incertidumbre frente al futuro.

En las páginas que siguen se profundiza en estas tensiones y en sus posibles salidas, a partir de cuatro grandes áreas problemáticas en que se juegan los destinos de exclusión e inclusión social de los jóvenes en la región. En primera instancia se abordan las dinámicas demográficas, espaciales y familiares, y sus implicancias para la inclusión social. El segundo capítulo hace referencia a la formación de capacidades para la inclusión social por vía de la educación formal. El tercero se ocupa de la promoción de oportunidades en el mundo laboral, y el cuarto aborda la participación social y el ejercicio de la ciudadanía en los jóvenes. Como campos *problemáticos* de inclusión social de los jóvenes, estos muestran situaciones de exclusión que deben revertirse, así como formas incipientes en que ésta se procesa. Se ha preferido, finalmente, anexar al final toda la información estadística que se cita a lo largo del documento.

² Sólo para ilustrar el contraste: en Brasil, el número de televisores por cada 1000 habitantes se incrementó de 64 en 1970 a 223 en 1997 (UNESCO, 1999), mientras en 1999 el 10% más rico de la población tenía un ingreso 32 veces superior al 40% más pobre (CEPAL, 2002), lo que representa la peor distribución de la riqueza en Iberoamérica. En otras palabras, la democratización de la imagen convive con la altísima concentración del ingreso. Distintos son los casos de España, Portugal, Costa Rica y Uruguay, países con mejor distribución del ingreso y, por tanto, menor brecha de expectativas. Y sintomáticamente, se ubican entre los países con menor nivel de violencia y criminalidad de Iberoamérica.

II. ¿QUIÉNES, CUÁNTOS, CÓMO? DINÁMICAS DEMOGRÁFICAS E INCLUSIÓN SOCIAL

II.1 Transición demográfica y opciones de inclusión por dinámica demográfica

El descenso de la fecundidad y el aumento de la expectativa de la vida lleva a un descenso relativo de la población joven.³ En esta etapa se encuentra Iberoamérica, lo que se advierte en que el porcentaje de población joven ha vuelto al 37% de mediados del siglo XX, y el ritmo de expansión de este segmento es inferior al 1% medio anual en la actualidad. Por otro lado estamos prontos a ingresar en una etapa aún más avanzada de transición demográfica en la cual se producen descensos de la cantidad de jóvenes —estrenando, así, tasas negativas de crecimiento de este segmento de la población— y se refuerza la caída en el porcentaje de jóvenes, que a mediados de este siglo XXI llegarían a niveles del orden del 25%, e incluso menores al 20% en España (gráficos 2, 3 y 4 del Anexo). La evolución de la población joven presenta grandes distinguos entre los países que componen Iberoamérica, en directa relación con el diferente grado de avance de la TD⁴ en ellos. El contraste entre las curvas ibéricas y las latinoamericanas es marcado (gráficos 2 y 3) porque España y Portugal ya están experimentando una baja sostenida de su población joven mientras que, salvo situaciones excepcionales como Cuba y Uruguay, aún no sucede lo mismo en América Latina (gráfico 4).⁵

¿Qué implicaciones tiene esta evolución de la población juvenil? Numerosas y de distinto signo. Por el lado de las esperanzas, la más directa es la paulatina reducción de la presión ejercida sobre los servicios destinados a los jóvenes. Se ha llamado "bono demográfico" a esta situación transicional en que son menos los niños que nacen y todavía no es tan fuerte la demanda de atención de las personas mayores.⁶ Dicho de otro modo, estamos entrando en una fase en que por factores de transición demográfica la población joven ocupará, al menos por dos décadas, un lugar central que requiere, correlativamente, su lugar prioritario en las políticas.

El sistema educativo es el caso más ilustrativo, pues luego de décadas de soportar un intenso aumento de la demanda por cupos e insumos comenzará a experimentar una paulatina estabilización de su población objetivo. Esto abrirá una "ventana de oportunidades" que puede aprovecharse para reducir la exclusión de vastos sectores de la población joven mediante el abatimiento de las lagunas de cobertura, la extensión de la jornada escolar, el incremento de la calidad de la enseñanza y la reducción de las brechas de logro entre grupos sociales. En la misma línea, cabe esperar que las cohortes que comiencen a entrar a la etapa joven de la vida, enfrenten un contexto económico y sociolaboral menos saturado que el que

³ En este capítulo se incluye en la población joven a las personas entre 10 y 29 años. De hecho el criterio etario actualmente es bastante relativo, dado que las edades objetivas que corresponden a los comportamientos juveniles y la etapa vital que define a los jóvenes (cambios fisiológicos, de conducta y de roles) se ve determinada por transformaciones sociales, culturales y económicas. Los criterios respecto del arco de edad oscilan entre 15-24 años, 15-29 años y 10-29 años.

⁴ TD es Transición Demográfica, y se refiere al descenso sostenido de la fecundidad y de la mortalidad que provoca, a largo plazo, la caída de la tasa de crecimiento y el envejecimiento de la población.

⁵ Por cierto la situación es muy heterogénea dentro de la región. Mientras España, Portugal, Costa Rica, Panamá y el Cono Sur están en un estadio más avanzado de transición demográfica con descenso actual o próximo de la incidencia de población juvenil, en un estadio intermedio se encuentran países como Brasil, Colombia, México, Venezuela, Perú; y en una etapa previa de la transición están países como Guatemala, Nicaragua, Honduras, Bolivia y Paraguay.

⁶ Esto es válido para la mayor parte de los países de Iberoamérica donde, a diferencia de países industrializados, la población de adultos mayores tendrá un peso demográfico más fuerte recién hacia mediados de este siglo.

enfrentaron las cohortes que les precedieron, lo que también sería propicio para avanzar en materia de inclusión social de los jóvenes. Pero por otra parte el panorama es menos auspicioso en relación a la generación de empleo, pues la estabilización de la población joven que requiere empleo es más tardía y además tiende a ser parcial o totalmente compensada por la incorporación de la mujer al trabajo. Así, las presiones de los jóvenes sobre el mercado de trabajo permanecerán en el horizonte latinoamericano durante un tiempo más prolongado (no así en el caso de Portugal y España, países más avanzados en la transición demográfica).

La transición demográfica también remodelará las relaciones cuantitativas entre los jóvenes y los restantes grupos etarios, lo que podría afectar las relaciones intergeneracionales. Así, los jóvenes verán, a largo plazo, disminuido su peso demográfico frente a otros segmentos de la población que tienen sus propias agendas (en particular los adultos mayores), lo que puede incidir decisivamente en las políticas públicas, como lo ilustra el caso europeo, donde los jóvenes aparecen postergados frente a la preocupación pública por los adultos y los adultos mayores (Esping-Andersen, 2000). Esto depende, también, de la capacidad de los jóvenes para organizarse en otro aspecto de la inclusión social, a saber, la participación colectiva y el acceso a instancias de poder.

Por otra parte, y en términos micro, operan los vínculos que establecen las diferentes generaciones a escala doméstica y de las familias. En tal sentido, la condición de joven en un contexto de prole pequeña, que corresponde a algunos sectores sociales,⁷ los sitúa en una condición familiar especial, históricamente poco frecuente en Iberoamérica; y que permitiría una mayor inversión de las familias en cada joven. También esto puede ser positivo en cuanto a la capacidad de los jóvenes en el seno de sus familias para optar con mayores posibilidades a logros educacionales y laborales.

II.2 Reproducción y desigualdad durante la juventud

La fecundidad total y juvenil han bajado significativamente en los últimos 35 años.⁸ Para el conjunto de América Latina, el régimen de fecundidad imperante en torno a 1987 conducía a que en promedio las mujeres tuviesen 2.2 hijos nacidos vivos al cumplir los 30 años; el régimen vigente en la actualidad lleva a un promedio de 1.7 hijos nacidos vivos a dicha edad. En el caso de España, el descenso es tal que se estima que a la edad de 30 años, las españolas en promedio apenas llegan a 0.5 hijos por mujer, mientras las lusitanas a dicha edad bordean un hijo por mujer. Cabe subrayar, sin embargo, que la concentración de la reproducción en la juventud es propio de América Latina pero no de la península ibérica; por ejemplo, en España las mayores tasas específicas de fecundidad se registran entre los 30 y los 34 años cumplidos.⁹

⁷ Si bien el tamaño promedio de familia se ha reducido, en países como Guatemala y México el 20% más pobre tiene familias con dos y hasta tres miembros más que el 20% más rico. Por otra parte, en el quinto quintil los tamaños de las familias son relativamente homogéneos cuando se comparan distintos países de la región, mientras que las diferencias en tamaño en el primer quintil son mayores entre países. En general, el promedio esconde grandes diferencias de tamaño familiar por grupos de ingreso.

⁸ Este descenso ha ocurrido con especificidades nacionales. Además del evidente contraste entre los países peninsulares y Latinoamérica —en los primeros la fecundidad total ya era inferior a 3 hijos por mujer en 1950 y en la actualidad está bien por debajo del nivel de reemplazo (Naciones Unidas, 2001)— dentro de América Latina hay abiertos contrastes entre países de fecundidad baja ya en 1950 (como Argentina y Uruguay) y naciones con fecundidad alta incluso en la actualidad (como Guatemala) (CELADE, 2003, documento presentado al seminario sobre descenso de la fecundidad, junio de 2003, www.eclac.cl/celade).

⁹ Ver <http://esa.un.org/unpp/>.

La evidencia acumulada por encuestas especializadas¹⁰ y la obtenida mediante el procesamiento de los censos de la ronda de 2000 (Rodríguez, 2003) permite fundamentar un conjunto de conclusiones. La mayoría de ellas, relativas a la iniciación reproductiva, tiene implicancias en términos de exclusión social, a saber:

- En varios países de la región se han registrado aumentos de la maternidad adolescente (véanse los cuadros 1 y 2, Anexo).
- La fecundidad adolescente es mucho más frecuente entre los grupos más postergados (cuadro 1, Anexo) y afecta las probabilidades de salir de la pobreza de varias generaciones a la vez, ya que dificulta la acumulación de activos y la inserción laboral de los progenitores, se asocia con embarazos y procesos de socialización más precarios e, incluso, tiende a afectar el presupuesto de los padres de los progenitores, que en ocasiones terminan por asumir parte importante del proceso de crianza.
- Este aumento se verifica con más intensidad en las edades más tempranas (15 a 17 años), precisamente aquellas en que supone más riesgos y complicaciones (Rodríguez, 2003; www.measuredhs.com; véase cuadro 2, Anexo).
- La reproducción entre las adolescente ocurre cada vez más al margen del matrimonio e incluso al margen de la unión, siendo las madres solteras el grupo mayoritario dentro de las madres adolescentes en algunos países de la región (Rodríguez 2003; CEPAL/CELADE, 2000 y 2002).
- No hay signos de que la reproducción gatille de manera generalizada procesos de emancipación, pues la mayoría de las madres adolescentes vive con sus padres o sus suegros y se dedica a actividades domésticas, es decir, deja la escuela pero no ingresa al mercado de trabajo (Rodríguez, 2003; CEPAL/CELADE, 2002; véase gráfico 5 en Anexo).
- Los casos de España y Portugal permiten descartar las visiones fatalistas o naturalistas que suponen “normal” una fecundidad adolescente refractaria al descenso, ya que en ambos países tanto la fecundidad total como la temprana han caído sostenidamente sobre la base de un creciente uso de medios anticonceptivos desde la iniciación sexual misma.

El embarazo adolescente tiene consecuencias adversas para todos los involucrados, y varios hechos se suman para validar esta preocupación. Primero, la fecundidad adolescente ha sido refractaria al descenso e, incluso, en varios países habría aumentado en los últimos 15 años (véase cuadro 1, Anexo). Segundo, la maternidad precoz —aquella que ocurre antes de los 17 años— ha mostrado escasos signos de descenso; de hecho, hacia fines de los años 1990 al menos una de cada cinco adolescentes de 17 años había sido madre en países donde la fecundidad total ha descendido fuertemente, como Brasil, Colombia y República Dominicana.¹¹ Por otra parte, la muestra del censo de población y vivienda de México 2000 muestran un panorama desolador: sólo 4% de las poco más de 110 mil mujeres de 17 años que tenían hijos asistía a la escuela, proporción que superaba el 50% entre las que no tenían hijos. Tercero, esta fecundidad está estrechamente relacionada con uniones inestables y uniparentalidad. Finalmente, y tal vez lo más importante, la fecundidad adolescente es mucho más frecuente en los grupos más postergados (véase cuadro 1 en Anexo) y menos educados de la población. Adicionalmente, como los progenitores adolescentes pobres y sus familias no tienen recursos acumulados para solventar la crianza, sus opciones son pocas: ingresan a la fuerza de trabajo, dificultando con ello su proceso formativo, redistribuyen responsabilidades a través de sus redes de apoyo, normalmente sus familiares o rehuyen sus obligaciones, sobre todo los hombres.

¹⁰ Ver www.measureprogram.org.

¹¹ Ver www.measuredhs.com.

Tenemos, pues, *un círculo vicioso entre exclusión social y fecundidad adolescente*, en la medida en que ésta se da sobre todo en mujeres de escasos recursos. Es importante hacer notar, al respecto, que persisten los embarazos adolescentes entre población menor de 20 años y de sectores más pobres, sobre todo en el grupo de 15 a 17 años y fuera de uniones o matrimonios. Estos grupos están expuestos a procesos de exclusión temprana del sistema educativo y a la inserción precaria y temprana en el mercado de trabajo, sin opciones de progresión ocupacional. Además, el costo del embarazo adolescente lo pagan las jóvenes exclusivamente, dada una cultura predominante en que el varón se desliga de responsabilidades ante las consecuencias.

Esta persistencia de riesgos demográficos se explica por una combinación compleja de comportamientos tradicionales (unión y embarazo temprano en el caso de la fecundidad adolescente en los grupos pobres) con fenómenos clásicos de exclusión y de patrones culturales, a saber: falta de información sexual, falta de acceso a medios anticonceptivos en el caso de la fecundidad no planificada (CEPAL, 2001), sesgos culturales en las relaciones sexuales, y otros factores asociados a la cultura juvenil.

Reducir la fecundidad adolescente y, en general, promover una iniciación nupcial y reproductiva más tardía son objetivos pertinentes de las políticas de juventud a la luz de las cifras y razonamientos previos. Para que estas intervenciones tengan éxito han de considerar la amplia gama de fuerzas que promueve la reproducción temprana. Y dentro de estas cabe subrayar la falta de oportunidades y de opciones que afecta a una fracción significativa de los jóvenes iberoamericanos. De este modo, la reproducción temprana no sólo es causa, sino también consecuencia de la exclusión. Inversamente, las buenas opciones educacionales y laborales tienen como una de sus consecuencias la postergación de la maternidad y paternidad. Así, la ampliación de espacios para el desarrollo de proyectos personales, que incluya una extensión del período de acumulación de activos educativos y formativos, y una mayor probabilidad de acceso a empleos decentes, es la principal estrategia para modificar este patrón de iniciación reproductiva temprana. Esta estrategia, sin embargo, opera a largo plazo y el problema debe ser enfrentando con premura.

Para esto último cabe desarrollar otras acciones tendientes a prevenir el embarazo adolescente mediante el incremento de la información y el conocimiento en materias sexuales, reproductivas y anticonceptivas, y el acceso a medios anticonceptivos. En la misma línea, es fundamental habilitar a los adolescentes y los jóvenes para el ejercicio de sus derechos y la adopción de decisiones responsables.

Todos estos antecedentes configuran a la fecundidad adolescente como un objetivo relevante de las estrategias destinadas a combatir la exclusión. Las intervenciones deben ser diseñadas teniendo en cuenta que los programas de educación sexual, salud reproductiva y planificación familiar exitosos entre adultos no lo son necesariamente entre adolescentes. Estos últimos suelen estar expuestos a estímulos para iniciar la actividad sexual y, simultáneamente, enfrentan restricciones o dificultades para el uso responsable de medios anticonceptivos.

En general, las políticas de salud para los jóvenes son más eficaces en el campo de la prevención, dado que los problemas de salud juvenil se asocian con conductas de riesgo en el campo de la sexualidad (embarazos y contagios por transmisión sexual), del consumo de estupefacientes y de los sucesos traumáticos (accidentes o hechos de violencia). Para prevenir es necesario movilizar y sensibilizar la opinión pública. Al respecto contamos con experiencias exitosas en Iberoamérica. Mucho han contribuido al respecto las campañas de sensibilización y toma de conciencia en las que los propios jóvenes participan, lo que permite potenciar también la mayor participación juvenil (Burt, 1998; Rodríguez, 2002). Especial reconocimiento merece la participación juvenil en campañas de prevención del SIDA,

tanto en la difusión de información oportuna como en educación y sensibilización, con resultados positivos y significativos.

Además de la prevención, se requieren intervenciones que, sin incentivar la maternidad temprana, apoyen a las adolescentes embarazadas y madres, sobre todo en lo que atañe a asistencia escolar y habilitación para la crianza. Finalmente, los espacios que abre una adolescencia liberada de la pesada carga que significa la crianza deben ser aprovechados para acumular activos pertinentes para la generación de ingresos en fases posteriores del ciclo de vida.

II.3 Familia y autonomía

Las mayores dificultades para pasar del ámbito educativo al laboral, así como la demanda de mayor formación impuesta por la mayor competitividad en el empleo, tienden a retrasar la edad en que los jóvenes se autonomizan tanto económica como habitacionalmente respecto de sus padres. En España, los y las jóvenes se independizan de sus hogares cada vez más adultos, al punto que 55% de los jóvenes entre 25-29 años viven con sus familia de origen.¹² Esto también repercute fuertemente en la libertad de los jóvenes para casarse y tener hijos, lo cual claramente ha hecho disminuir la tasa de natalidad. En América Latina, se ha producido un inicio más temprano de las relaciones sexuales, y la mayoría de las investigaciones basadas en las Encuestas de Demografía y Salud así lo muestran. Pese a ello, los matrimonios se forman más tardíamente. A modo de ejemplo, en Chile la edad al casarse aumentó de 1980 a 1999 de 26.6 a 29.4 años en los hombres y en las mujeres de 23.8 a 26.7 años (SERNAM, 2001). En Bolivia, Ecuador El Salvador y República Dominicana, según las Encuestas de Demografía y Salud, aumentó el porcentaje de mujeres de 30 a 34 años que permanecen solteras. Esto se explica en gran medida, al menos en el caso latinoamericano, porque tiende a aumentar la cohabitación sin matrimonio, y no implica necesariamente que se dilate la edad de las uniones efectivas. Finalmente, el concepto mismo de familia nuclear tiende a difuminarse a medida que aumenta la proporción de hogares uniparentales, o de hogares de un solo miembro, o de hogares complejos y compuestos (véase Cuadro 3, Anexo).

Podría definirse, pues, como el "síndrome de autonomía postergada" esta dificultad de los jóvenes de independizarse y formar sus propios núcleos familiares. Pero también cabe sostener que el inicio más temprano de las relaciones sexuales es síntoma de una tendencia contraria, a saber, la mayor y más temprana autonomía moral de adolescentes y jóvenes, que desde muy temprano deciden sobre sus conductas de acuerdo a sus propios criterios, lo que agudiza los conflictos con los padres en el seno de las familias. De esta manera se da una tensión entre mayor expectativa de autonomía, propia de la actual fase de modernidad, y menores opciones por materializarlas en términos de recursos y de espacios, o al menos más tiempo requerido para obtener un empleo que permita dicha autonomía. Finalmente, se produce el círculo vicioso en familias de menores ingresos que, dado el restringido presupuesto familiar, o bien se ven obligadas a expulsar del hogar a los miembros que han alcanzado una edad "productiva", o bien retirarlos del sistema educativo para que aporten al ingreso familiar.

En cualquier caso, es necesario entender que la inclusión social de los jóvenes pasa, cada vez más, por un mayor nivel de formación y capacitación para el trabajo, por lo cual no es fácil resolver las contradicciones recién señaladas. Probablemente lo más conveniente es acompañar este cambio en las dinámicas de las familias con flexibilidades del mercado laboral (que permitan combinar la generación de ingresos con la continuidad educativa) y facilidades habitacionales (como créditos blandos o sistemas

¹² Datos para el año 2000 del INJUVE, España.

innovativos de viviendas para jóvenes), a fin de que los jóvenes puedan contar, progresivamente, con autonomía material sin por ello renunciar a sus largos períodos formativos.

II.4 Segregación residencial y migración internacional

Es conocido el hecho de que el segmento juvenil de las pirámides de edad está deflactado en las zonas rurales e inflado en las zonas urbanas (CEPAL/CELADE, 2000). En lo que se refiere a la ubicación dentro de las ciudades, la evidencia sugiere una sobrerrepresentación de las personas jóvenes en las zonas pobres y en las periféricas, y una subrepresentación en las zonas centrales y en las de mayor nivel socioeconómico. Además de las deficiencias relativas en materia de equipamiento, seguridad y servicios básicos que experimentan los jóvenes pobres, la conjunción de segregación residencial y educativa resulta en carencia de espacios de interacción e integración entre jóvenes de distintos niveles socioeconómicos. En suma, las redes de pares y contactos que establecen los jóvenes se construyen marcadas por la segregación, favoreciendo la reproducción de las condiciones iniciales de desigualdad y exclusión.

Por lo mismo, es necesario considerar la segregación residencial cuando se plantean estrategias de inclusión social para los jóvenes. En las ciudades deben darse mecanismos para revertir esta segmentación que opera muchas veces como una condena, porque convierte la exclusión en un estilo de vida en sí mismo, que se despliega dentro de los territorios marginales y marginados, con escuelas de mala calidad, servicios precarios, alta inseguridad (sobre todo para jóvenes) y socialización en comportamientos delictivos o fatalistas. La planificación territorial, sobre todo en el nivel municipal, permite idear formas novedosas para "democratizar la ciudad", generando espacios de encuentro entre jóvenes de distintos grupos sociales.

Además de la segmentación territorial dentro de las ciudades, también hay que considerar las trayectorias de jóvenes que migran a otros países. La migración internacional tiene dos aristas encontradas: hay estímulos a la movilidad entre países pero hay fuertes barreras al ingreso y permanencia en los lugares de destino. Las fuerzas del mercado atraen inmigrantes, pero estos no reciben derechos como los nativos. Así, la migración internacional se legitima como estrategia y opción para las personas, pero también entraña riesgos de vulnerabilidad para los migrantes, en particular los indocumentados, los jóvenes y, dentro de ellos, particularmente las mujeres.¹³

En Iberoamérica, los países peninsulares, en particular España, se han constituido en áreas de destino para migrantes internacionales y el nexo con la emigración latinoamericana es cada vez más fuerte. Se trata de un nuevo patrón migratorio que se une a la histórica inmigración de ultramar —que estuvo compuesta en parte importante por flujos de españoles y portugueses, hoy abiertamente envejecidos—, la migración intrarregional —que es básicamente fronteriza— y a la emigración extrarregional orientada a los Estados Unidos y Canadá.

La emigración de latinoamericanos y caribeños hacia España registra un espectacular incremento en los últimos años. El acervo de estos inmigrantes creció de 50 mil personas en 1981 (Palazón, 1996), a más de 800 mil en el año 2000 (www.ine.es). Numerosas interpretaciones admite este fenómeno, que involucra el retorno de los descendientes de antiguos inmigrantes a la región y la "restitución" de capital humano a España (Izquierdo, López y Martínez, 2002). Los datos disponibles para 1999 indican que los

¹³ Dependiendo, eso sí, de sus características socioeconómicas y atributos individuales, así como del contexto de origen y destino.

jóvenes inmigrantes procedentes de la región totalizaban el 13% de los inmigrantes latinoamericanos en España y son mayoritariamente mujeres (véase cuadro 4, Anexo). Esto plantea desafíos que trascienden las fronteras nacionales y se refieren a cómo armonizar, entre países de origen y de destino, la dinámica de los flujos migratorios de jóvenes, a fin de optimizar sus posibilidades de inclusión social.

III. DESARROLLO DE CAPACIDADES E INCLUSIÓN SOCIAL: LA EDUCACIÓN

III.1 Dónde estamos en educación

La educación ha sido considerada por mucho tiempo el eslabón privilegiado para articular integración cultural, movilidad social y desarrollo productivo.¹⁴ Una buena educación, y ampliamente difundida, contribuye decisivamente a reducir desigualdades a futuro y cortar la reproducción intergeneracional de la pobreza, dados los altos retornos a los mayores logros educacionales. Una sociedad con altos niveles de escolaridad y buenos logros educativos tiende a ser más igualitaria en su estructura de ingresos (mediante los retornos laborales a la educación), a contar con mayor cohesión social, y a crecer económicamente sobre la base de saltos en productividad y no mediante la sobre-explotación de recursos humanos o naturales.

A esto se agrega la centralidad de la educación en la sociedad del conocimiento. Al respecto se argumenta que tener una buena educación permitirá integrarse a la revolución de la información, acceder a trabajos “inteligentes” y participar en redes en que circula el conocimiento. Carecer de educación oportuna implica, por el contrario, quedar recluso en el analfabetismo cibernético y restringido a ocupaciones de baja productividad y bajos salarios, privado del diálogo a distancia y de gran parte del intercambio cultural. El bienestar que augura la educación hoy ya no sólo remite a la posibilidad de generar a futuro mayores ingresos que los de nuestros padres dado nuestro mayor capital humano, sino también se refiere al uso de habilidades adquiridas para ejercer nuevas formas de ciudadanía, convivir constructivamente en el multiculturalismo, y combinar el vínculo inmediato con el vínculo mediático.

Concientes de tal importancia, los países de Iberoamérica han avanzado en cobertura educacional al punto que en la gran mayoría de sus países se ha logrado cobertura universal en la educación primaria y se ha nivelado el logro entre varones y mujeres. Este avance se ha conseguido, en buena medida, gracias al importante aumento de la inversión en educación. Durante la última década, Iberoamérica ha alcanzado altos niveles en la matrícula escolar primaria (Cuadro 5 en Anexo), por lo que se ha llegado a considerar que dicho problema está casi resuelto en el primer nivel. La tasa neta de escolarización primaria para la población de 8 años llega a 96,3%.¹⁵ En la educación media las tasas son muy variables, desde 85% en Cuba y Chile hasta 37% en Guatemala, según datos de la UNESCO para los años 2000-2001. Esta tasa alcanzaba el 116% en España y el 114 en Portugal, el mismo año y para el mismo ciclo educativo. Para la educación superior, la tasa de asistencia hacia 1999-2000, según datos de la UNESCO, tenía sus niveles mayores en España (58%), seguida por Argentina y Portugal (47%).

Tanto en España como Portugal se ha incrementado de manera importante la escolarización de los jóvenes en distintos subgrupos etarios. A modo de ejemplo, entre 1993 y el año 2000 en España, el porcentaje de jóvenes escolarizados entre 16-19 años aumentó de un 67,2% a un 75,3%, entre 20-24 años lo hizo de 36,1% a 45,4% , y entre 25-29 años de 12,7% a 16,8%. La fuerte incorporación femenina en

¹⁴ Ver de CEPAL-UNESCO, 1991; y Hopenhayn y Ottone, 2000.

¹⁵ Los datos que aquí se presentan sobre cobertura educativa se han consultado en la División de Estadística y Proyecciones Económicas de la Comisión Económica para América Latina, CEPAL, en la página WEB de UNESCO, y en UNESCO, 2001. Debe advertirse, no obstante, que no pueden compararse tasas brutas con tasas netas entre distintos países. La tasa bruta es la relación entre el total de matriculados y el total de población *en edad correspondiente al nivel*. De manera que si se suma el contingente fuera de edad que asiste a ese nivel (por repitencia u otras razones), el total puede superar una tasa de 100%. La tasa neta, en cambio, es el total de población *en edad correspondiente* que asiste al nivel educativo en relación al total de población nacional de dicha edad.

todos estos tramos explica en buena medida tales aumentos. En Portugal, el aumento en porcentaje de jóvenes estudiando, entre 15 y 19 años de edad, aumentó vertiginosamente: de 28,61% en 1974 a 67,97% en 1997.

Existen en la región tanto problemas de *cobertura por progresión educativa* (contrastes entre matrícula primaria, secundaria y superior) y fuertes diferencias en los *ritmos de expansión de cobertura por progresión* (países que avanzan más rápidamente en elevar cobertura secundaria y terciaria). Así, por ejemplo, países como Cuba, España y Portugal vieron aumentar de manera sostenida y acelerada la cobertura secundaria y terciaria en los últimos treinta años, muy por encima del promedio latinoamericano. Esto abre mayores opciones de inclusión social a los jóvenes.

En términos agregados, pese a los avances en cobertura el ritmo de los saltos educacionales de la región latinoamericana es lento cuando se compara con otras regiones, en especial los países de la OCDE y el Sudeste Asiático. Estas diferencias se expresan en cobertura de educación secundaria y superior, en la calidad de la educación, en logros de aprendizaje y en la velocidad con que se expande la escolaridad hacia niveles secundario y superior (véase Cuadro 6 en Anexo). Como se observa en dicho cuadro, entre 1985 y 1997 se invirtió la relación entre los países del Sudeste Asiático recientemente industrializados y los países de América Latina y el Caribe, siendo los primeros quienes partieron con rezagos y en doce años lograron una situación educativa claramente más avanzada (no sólo en matrícula sino también en desempeño en pruebas estandarizadas por nivel, horas de enseñanza efectiva al año y otros indicadores). En el mismo lapso los países de la OCDE, cuya situación inicial era bastante mejor que la latinoamericana, se distanciaron aún más y a un ritmo muy acelerado. América Latina tiene, además, rezagos en la duración de la educación secundaria (más corta en la región que en otros grupos de países) y en la extensión de educación obligatoria. Además, en los países de la OCDE, el 85% de los jóvenes completa estudios secundarios, mientras que en América Latina menos de un tercio de los jóvenes logra ese nivel de acreditación.

También hay diferencias en la calidad del aprendizaje en matemáticas y manejo de lenguaje entre alumnos latinoamericanos y de países industrializados, medida por pruebas estándares de lectura, matemáticas y ciencias, en claro detrimento de nuestros países. Y en la oferta y matrícula de educación técnica en los años superiores del nivel secundario se observan diferencias significativas, con una proporción muy superior en países de la OCDE y del Sudeste Asiático frente a América Latina. Estas diferencias son muy importantes, porque el nivel secundario-superior (vale decir, los dos o tres años superiores en la educación secundaria, *donde están los jóvenes*) es clave tanto para mejorar las condiciones generales de la fuerza de trabajo como para lograr efectos virtuosos sobre la equidad y movilidad social. La experiencia de algunos países europeos muestra también que la mayor y mejor oferta de educación técnico-profesional en este nivel educativo que cursan parte de los jóvenes, como también en el nivel superior no universitario, tiene efectos muy positivos sobre el destino de los jóvenes estudiantes cuando ingresan al mercado de trabajo.

III.2 Discontinuidad y desigualdad educativas en la juventud iberoamericana

Para reforzar el papel del sistema educacional en la inclusión social de los jóvenes es necesario alcanzar niveles mayores de *continuidad educativa*, sobre todo el egreso de educación secundaria y, cada vez más, el acceso a educación técnico-profesional y universitaria. Dado que en la región se cuenta ya con una matrícula universal en primaria, aunque no en todos los países, el reto que se enfrenta actualmente es lograr avances importantes en el segundo y tercer nivel dentro del sistema educacional, con vistas a llegar dentro de los plazos más cortos posibles a una cobertura universal en la educación secundaria. Esto, a fin

de que los jóvenes de menores logros —y menores ingresos— puedan aspirar a mejores opciones de inclusión social a futuro.

Como se observa en el Cuadro 5 y gráfico 6 del anexo, la mayoría de los países iberoamericanos enfrenta hoy un problema grave de deserción escolar antes de y durante la educación secundaria. En América Latina y el Caribe sólo la mitad de los estudiantes que se matriculan en la educación primaria termina dicho ciclo. Esto afecta específicamente a los jóvenes, pues la continuidad en el nivel secundario coincide con el ingreso al segmento etario juvenil. La deserción masiva acecha precisamente entre los diez y los quince años de edad que, dependiendo de los criterios, marcan el inicio de la adolescencia y juventud. Por lo tanto, *una política de retención y promoción en el sistema formal de educación es una política de inclusión social de los jóvenes*. Tal vez, la más decisiva en términos de su eficacia a gran escala. Ya hace una década la CEPAL estimaba que los años de instrucción formal requeridos para contar con grandes probabilidades de evitar la pobreza oscilan entre 10 y 12, según el perfil educacional de cada país (véase el cuadro 7 del Anexo). Esto significa que el último tramo indispensable lo recorren los estudiantes cuando entran al período juvenil.

Persiste, además, un grave problema de desigualdad social en la educación. Según datos de la CEPAL, la brecha de asistencia entre los cuartiles extremos de ingresos (1 y 4) se acrecentó en todos los países latinoamericanos durante la década pasada. Vale decir, la educación media y la superior mantienen un sesgo clasista,¹⁶ de manera contraria a lo que sucedió con la educación primaria. Esto es grave, dado que las estadísticas muestran una correlación positiva entre más educación y más equidad. Vale decir, los países con logros escolares más difundidos también tienen menores brechas de ingresos y son más igualitarios en su estructura social. Las diferencias en logros educacionales (tanto en número de años estudiados, como en la calidad del aprendizaje) discriminan fuertemente por grupos de ingreso, y a la vez condenan a la reproducción de las inequidades sociales.

Por otra parte, las brechas entre calidad y logros en educación privada vs. pública, como en logros por niveles de ingreso y por contraste rural-urbano, indican una fuerte segmentación de aprendizajes en perjuicio de los más pobres. Las desigualdades en los retornos educativos muestran también diferencias importantes. Los retornos se refieren a cuanto "rinden", en ingresos que luego se obtendrán en el mercado laboral, los logros educativos previamente alcanzados. Así, por ejemplo, se sabe que completar educación secundaria implica un retorno muy superior a no completarla, dado que la acreditación de la licencia secundaria es un punto claro de corte en el mercado del trabajo. El problema que se plantea es, claro está, el de la reproducción de las diferencias sociales a partir de las diferencias en logros educacionales. Porque para el caso de la mayoría de los países iberoamericanos, y tomando datos agregados y promediados, tanto el egreso de educación secundaria completa como la asistencia a educación terciaria es, principalmente, privilegio de sectores medios y altos.

Al examinar el número promedio de años de estudio tanto de los jefes como del conjunto de los miembros del hogar ocupados, se advierte un alto grado de correspondencia entre la distribución del ingreso y la distribución de la educación: a mayor nivel de educación, mayor nivel de ingresos percibidos. Lamentablemente, el 80% de los jóvenes urbanos proviene de hogares cuyos padres cuentan con un capital educativo insuficiente (menos de 10 años de estudio), y entre un 60% y un 80% de ellos no alcanza el umbral educativo básico para acceder al bienestar.

¹⁶ Salvo en países como los ibéricos, los del Cono Sur y Costa Rica y Cuba, donde la cobertura de la educación secundaria es claramente mayoritaria.

Esto significa que aproximadamente entre un 48% y un 64% de los jóvenes latinoamericanos de zonas urbanas ven restringidas sus oportunidades futuras ya en su hogar de origen, y la situación de los jóvenes que viven en áreas rurales es aún más crítica. Esta elevada proporción de jóvenes que heredan una educación insuficiente, se traducirá a lo largo de su vida en empleos mal remunerados, lo que prefigura desde ya limitaciones a sus oportunidades de bienestar propias y de los hogares que formen (CEPAL, 1997, p. 143). Así, dependiendo del país, entre un 72% y un 96% de las familias en situación de pobreza o indigencia tienen padres con menos de nueve años de instrucción, en promedio. Por lo tanto, las personas que provienen de hogares con escasos recursos suelen cursar ocho o menos años de estudio y, en general, no superan la condición de obrero u operario, con un ingreso mensual promedio cercano a 2.5 líneas de pobreza, lo que es insuficiente para asegurar el bienestar familiar.

La persistente desigualdad en el acceso a la educación, asociada al estrato social de origen, indica que en gran medida las oportunidades quedan determinadas por el patrón de desigualdades prevaeciente en la generación anterior. En efecto, pese a la importante expansión educacional registrada en la región, en los últimos 15 años se mantuvieron las acentuadas desigualdades entre las posibilidades de los jóvenes de diferentes estratos sociales de completar el ciclo secundario. Actualmente, sólo alrededor de 20% de los jóvenes cuyos padres no completaron la educación primaria logran terminar dicho ciclo; en cambio, ese porcentaje supera el 60% entre los hijos de padres que cursaron al menos 10 años de estudio. Esto se traduce en un alto grado de rigidez de la estructura social, debido a que el escaso nivel de educación alcanzado por muchos jóvenes bloquea su principal canal de movilidad e inclusión social.

III.3 Continuidad educacional para promover la inclusión

La educación es el principal expediente para superar tanto la exclusión como las causas estructurales que la reproducen: baja productividad en el trabajo, escaso acceso a las herramientas de la vida moderna, marginalidad sociocultural, mayor vulnerabilidad de las familias en el plano de la salud, y discontinuidad y bajos logros en la educación de los hijos. Los esfuerzos y las inversiones destinados a incrementar los logros educativos mediante la reducción de las tasas de deserción y repetición tienen diversos efectos positivos en términos de reducir la pobreza y la desigualdad.

Primero, porque dado que la repetición y deserción escolares más agudas se dan en los grupos más vulnerables (pobres y, sobre todo, pobres de las áreas rurales), el apoyo a la continuidad beneficia a estos grupos y tiene, por ende, un sesgo de redistribución progresiva.

Segundo, porque los mayores logros educativos tienen apreciables retornos intergeneracionales, dada la alta incidencia del nivel educacional de los padres y, sobre todo, de las madres, en el rendimiento educativo de los hijos. Mejorar por esta vía el clima educacional de los hogares cuyos jefes futuros serán los actuales educandos, produce un efecto favorable en el desempeño educacional de los niños y jóvenes de la próxima generación, reduce los niveles de deserción y repetición, y aumenta el número de años de estudio completados, junto con permitir que se cursen en forma más oportuna.

Tercero, existe una evidente correlación entre el aumento de la educación de las adolescentes pobres y las mejores condiciones de salud de sus familias en el futuro, pues la escolaridad de las mujeres es un factor determinante de la reducción de la mortalidad y morbilidad infantiles, el mejoramiento de la salud y nutrición familiares, y la disminución de las tasas de fecundidad. Más información a través de la educación formal, como también más expectativas de progreso personal por vía del acceso a destrezas útiles, son las mejores formas de prevenir el embarazo de adolescentes de escasos recursos.

De manera que el aporte de la educación para superar la reproducción intergeneracional de la exclusión es triple: mejora el ambiente educacional de los hogares futuros y, con ello, el rendimiento educativo de las próximas generaciones; incide positivamente en la salud reproductiva e infantil y, por último, permite una mayor movilidad socioocupacional ascendente de quienes egresan del sistema educativo. Jóvenes con mayor control sobre sus patrones reproductivos y su salud, mayores conocimientos para hacer uso de los servicios y las ofertas disponibles, más elementos para participar como ciudadanos en la sociedad del conocimiento, y capacidades para emplearse productivamente: todo ello pone claramente en relación la continuidad educacional con la inclusión social de los jóvenes.

En este contexto, se necesitan políticas complementarias para reforzar la continuidad educativa de los niños y jóvenes pobres, concretamente para que los hijos de familias con exiguos ingresos asistan a la escuela, se mantengan en ella y progresen año a año. Lo que exige que la escuela, además proveer una educación de buena calidad, amplíe el horario de clases a fin de compensar las limitaciones que el clima familiar (baja educación de los padres, insuficiente infraestructura, desorganización familiar, entre otros factores) impone a la capacidad de aprender.

Hay muy diversas formas de fomentar la continuidad en el ámbito educativo, y la experiencia internacional ofrece una amplia gama de intervenciones posibles. Si los contenidos de la educación son pertinentes —vale decir, percibidos por sus usuarios como relevantes, motivadores y útiles—, los alumnos y las familias de bajos ingresos evalúan de distinta manera los costos de oportunidad que implica la permanencia en el sistema escolar, y se sienten más motivados para asistir a clases. Si la educación es de calidad, eleva los logros y la motivación de los propios educandos, fomentando la permanencia en el sistema con rendimientos progresivos. Esto es especialmente notorio en los sectores pobres, que acceden a una oferta desfasada tanto con respecto a su situación sociocultural como a las exigencias que impone el mundo laboral.

III.4 Educación y sociedad del conocimiento: superando la brecha digital

La brecha digital constituye hoy, y cada vez más, la madre de las brechas: brecha en productividad e ingresos laborales, en opciones de movilidad ocupacional a futuro, en acceso a mercados, en uso eficiente del tiempo, en acceso a información y a servicios de todo tipo, en voz y voto, brecha en participación política, brecha en poder de gestión, en intercambio comunicacional y cultural, en actualización de conocimientos, en niveles de vida. Quién no está conectado, estará excluido de manera cada vez más intensiva y diversa. La brecha agudiza los contrastes entre regiones, países y grupos sociales. Países menos digitalizados se van recluyendo en el patio trasero de la globalización en términos de intercambio comercial, valor agregado a la producción, protagonismo político, crecimiento económico y, por todo lo anterior, bienestar social. Contrariamente, cuanto más se reduce la brecha, más se avanza en integración social, democracia comunicacional e igualdad de oportunidades productivas, tanto *en* como *entre* países.

Esta brecha tiene actualmente un claro corte social y amenaza con reproducir la estratificación a futuro. En cuanto a la segmentación por estratos sociales, de acuerdo a las estimaciones de Emarketers, el 18,1% del 15% más rico de la población latinoamericana estaba conectado a comienzos del 2000, mientras sólo el 2,7% del total de la población latinoamericana estaba en red. Se espera que para el 2004 un 68,9% del 15% más rico de la población latinoamericana de 14 años y más estará conectada, mientras sólo el 10% del total de la población latinoamericana de 14 años y más lo estará (Hilbert, 2001). Según la misma fuente, para el caso de Brasil se espera que hacia el 2004 el 81,8% del 15% más rico de la

población esté conectado, vs. un 12,3% para el caso del total de la población. Si la interacción en red es el nuevo eje de inclusión social a futuro, ¿qué podemos esperar con estos indicadores de segmentación?

No cabe duda, pues, que es urgente incorporar masivamente las nuevas Tecnologías en Información y Comunicación (TICs) en la educación, dado que es la forma más expedita, económica y masiva de reducir la brecha digital entre países y al interior de los mismos. Si la inclusión social de los y las jóvenes pasa cada vez más por acceso a conocimiento, participación en redes, y uso de tecnologías actualizadas de información y comunicación, el sistema de educación formal es la clave para difundir ese acceso. *La era digital no se define tanto por la propiedad sobre los computadores, sino el acceso a la red.* El capital más importante es el aprendizaje, no la máquina. Hay países, como Perú, donde el uso de Internet se está difundiendo no por computadoras en el hogar sino por cafés y cabinas públicas de acceso; o países como Chile y Costa Rica donde la expansión de usuarios se da por las redes instaladas en las escuelas. Y si hoy Chile es el país con mayor índice de conectividad en la región, se debe fundamentalmente a la cobertura de su programa de instalación de terminales interconectados en todo el sistema de escuelas.

Tenemos en América Latina una cobertura escolar cercana al 100% en educación primaria y en rápida expansión en la secundaria. Es allí donde los niños y jóvenes están institucionalizados y desarrollan diariamente sus procesos de aprendizaje y de interacción entre pares. Por otro lado, las fuertes diferencias sociales y los altos índices de pobreza en muchos países de la región hacen que en la gran mayoría de los hogares no exista la computadora. *Por lo mismo, es en las escuelas donde el acceso puede democratizarse.* Además, el uso compartido de terminales en los colegios permite sinergias positivas en términos de aprendizaje de lenguajes informáticos, agilidad y confianza en el uso del ciberespacio, y utilización de las redes electrónicas para procesar información y construir conocimientos relacionados con el currículo escolar. Socializar en redes debe ser parte de socializar en las escuelas.

Existen ya múltiples experiencias nacionales de equipamiento en medios interactivos en escuelas públicas, con éxito, cobertura y continuidad variables en América Latina. Brasil ha impulsado el “Programa Nacional de Informática en Educación” (ProInfo) y, para el caso de medios de comunicación, el “Programa Nacional de Educación a Distancia: TV Escuela”, que apoya la actividad docente de la red pública de enseñanza en aspectos de metodologías, tecnologías de enseñanza y material de apoyo para el trabajo en la sala de clases, a través de un canal de televisión dedicado exclusivamente a la educación. En Costa Rica, el “Programa de Informática Educativa” (PIE MEP-FOD) desarrollado desde 1988 por el Ministerio de Educación Pública y la Fundación Omar Dengo en todo el país, mejorando la calidad de la educación mediante el uso de computadoras en la escuela primaria pública costarricense. En Chile, el proyecto “Red Enlaces”, desarrollado por el Ministerio de Educación, ha creado una red interescolar de comunicaciones a través de computadores entre alumnos, profesores y profesionales de otras instituciones relacionadas con la educación. Iniciado en forma experimental en 1992, al año 2001 el 62% de las escuelas primarias del país y el 89% de los liceos de educación media ya estaban conectados a Internet por vía del programa Enlaces. Otros países como Argentina, Uruguay, México y Cuba, entre otros, también están abocados a instalar y extender la conectividad escolar.

Por último, dotar a las escuelas de equipamiento audiovisual e informático es sólo el comienzo de un proceso, y no el centro de la transformación educativa. Educar para la sociedad de la información y el conocimiento es mucho más que cambiar libros por pantallas o monitores. Requiere conjugar lo mejor de la tradición crítica y de la experiencia pedagógica con las nuevas opciones tecnológicas. Y requiere conjugar la educación formal con las prácticas cotidianas de comunicación a distancia en una sociedad donde estas prácticas son cada vez más importantes, masivas y cruzadas. El camino es largo e interpela a los planificadores, directores de escuela, docentes, alumnos, familias de los alumnos, diseñadores de

software, comunicadores y estrategias de la industria cultural. Reclama consensos amplios de la sociedad, que trasciendan los ciclos de gobierno para garantizar continuidad en el proceso y progresividad en los logros; y para recabar los recursos que se necesitan a fin de promover un salto en educación y conocimiento a la altura de los desafíos aquí planteados.

Los programas deben avanzar complementariamente en el diseño y uso de portales (contenidos educativos), la capacitación de los agentes educativos (incluidos profesores, directivos y familias) y la expansión progresiva de la conectividad en el sistema escolar. En cuanto a la capacitación en destrezas de manejo, se sabe que los niños y jóvenes aprenden usando, y el auto-aprendizaje es muy viable con programas "amigables". Los costos mayores pueden darse en mantenimiento y actualización de los equipos, donde deberán buscarse fórmulas vía cooperación con empresas y fundaciones, fondos competitivos del gobierno, y otros.

III.5 Educación e inclusión social: dimensiones emergentes

III.5.1. Educación para la ciudadanía incluyente

La educación también debe ser un proceso que forma ciudadanos, vale decir, sujetos que definen su inclusión social no sólo por el empleo y los ingresos, sino también por su participación en los espacios públicos y el ejercicio de sus derechos políticos. Se sostiene, al respecto, que la centralidad progresiva del conocimiento y la educación para el desarrollo inciden en la dinámica de un orden democrático, donde la economía y la institucionalidad política se relacionan cada vez más con el uso ampliado del conocimiento, la información y la comunicación. En una proporción creciente, el procesamiento de demandas va a realizarse a través de las nuevas tecnologías de información y comunicación; y cada vez más el uso de servicios y beneficios estatales o públicos va a obligar a los ciudadanos a estar informados, desarrollar capacidad de gestión y operar con los códigos de la sociedad de la información. Todo esto hace que la educación y el conocimiento también sean progresivamente centrales en la promoción de las nuevas formas de ciudadanía para los y las jóvenes de hoy.

III.5.2 Educación para el multiculturalismo y la sociedad de riesgo

La educación constituye la herramienta más masiva y sistemática para socializar a las nuevas generaciones en el multiculturalismo, en el nuevo imaginario democrático global, en el discurso y la práctica de los derechos humanos, en el aprendizaje en la diferencia, y en la adaptación de saberes universales a sensibilidades personales o grupales.

La *educación para la comunicación multicultural* es necesaria no sólo porque marchamos hacia sociedades cada vez más complejas en términos de diferenciación de identidades, intereses, demandas, hábitos, preferencias y destrezas. También porque la inclusión social de los jóvenes en sociedades complejas depende de la capacidad de "interlocutar" transversalmente, respetar los intereses y sensibilidades de otros mediante la conversación y la negociación en un lenguaje común, y abrirse a las cosmovisiones distintas en el intercambio directo y a distancia. El pluralismo cultural debe ser una práctica de aprendizaje colectivo en la que reconozcamos condiciones de reciprocidad a aquellos con los cuales diferimos por etnia, género, edad y condición social. . Estas capacidades no se aprenden en cursos de educación cívica sino en las prácticas cotidianas de la escuela, en las formas en que el currículo encarna en procesos de socialización escolar, en la mayor tolerancia de los profesores frente a las sensibilidades de los alumnos, en el cambio en las relaciones entre géneros, y en el llamado "currículo transversal" dónde se transmiten conocimientos relacionados con los cambios culturales y los nuevos riesgos sociales.

Los cambios culturales plantean, pues, retos fuertes al estilo y al contenido de la educación. Nuevos símbolos, deseos y proyectos vitales emergen en sociedad que se abre paso hoy —llámese sociedad del riesgo, sociedad mediática, sociedad de gestión o sociedad globalizada. Para que los jóvenes perciban la educación formal como pertinente para sus vidas no basta con que transmita conocimientos útiles a la competencia laboral; también debe constituirse en un espacio de aprendizaje para las nuevas formas de sociabilidad que se expanden rápidamente por Iberoamérica. La juventud percibe la relación positiva entre educación e inclusión social no sólo por la utilidad de la primera para la carrera laboral sino también para la autocomprensión en un mundo de cambios. Tanto más positiva esa relación si los educadores logran abrir la sala de clase a los temores y los anhelos de los educandos.

En este sentido es importante la noción de "educación para la vida" que se maneja en muchas reformas educativas de la región así como en los foros intergubernamentales e internacionales sobre educación. Es necesario brindar herramientas para que los estudiantes puedan vivir su sexualidad minimizando riesgos sin sacrificar su espíritu lúdico; puedan dar espacio a sus deseos de experimentar y expandirse, pero con la información veraz que les permita minimizar riesgos; puedan elaborar situaciones de creciente inseguridad ciudadana e incertidumbre ante el futuro; sean capaces de seleccionar información y conocimientos que les permitan reflexionar sobre sus propias identidades; utilicen recursos de la industria audiovisual para pensar los cambios culturales y cómo les afecta en la vida cotidiana; participen de una ética fundada en el pleno respeto a los derechos humanos universales; y desarrollen un espíritu crítico apropiado para vincularse productiva y activamente los medios interactivos y masivos de comunicación.

La complejidad y multiculturalidad plantean tensiones entre igualdad y diferencia: por un lado se trata de educar de modo tal que se democratizen las oportunidades futuras de auto-afirmación cultural, acceso al bienestar y desarrollo de proyectos personales y colectivos. De otra parte la auto-afirmación cultural implica educar en la diferencia, respetándola e incluso promovéndola. Pero la diferencia no puede ser un eufemismo para la desigualdad, sino una referencia pro-activa a la diversidad. En el campo educativo, esto se refleja sobre todo en el abandono de la llamada "simultaneidad sistémica", vale decir, el abandono de la idea de que la educación formal, una vez que se hace masiva, debe ser la misma para todos, tanto por razones de escala como por principios de igualdad (Gvartz y Nadorowski, 1998). Dicha simultaneidad suponía que todos los educandos son esencialmente iguales, tienen las mismas posibilidades de aprender, encuentran similar utilidad a los mismos contenidos, y por ende el contenido estandarizado promovería mayor igualdad de oportunidades.

Hoy día muchas investigaciones han abandonado esta idea en aras de mayor *pertinencia* en los contenidos y formas respecto de las realidades socioculturales en que se insertan. La aplicación de la teoría crítica a la educación, ya hace 20 años, mostró que una educación homogénea no implicaba mayor equidad ni mayor democratización en la transmisión del conocimiento, sino que se sacrifican las identidades y raíces culturales de los distintos grupos. Mas aún, se vio que una oferta educativa homogénea frente a una demanda heterogénea podía prolongar y agudizar las asimetrías de origen durante el trayecto escolar. Diferencias de clase social y de etnia podían, por tanto, verse recrudescidas en lugar de mitigadas bajo el paradigma educativo de la simultaneidad sistémica.

En resumen, *la relación entre educación e inclusión social debe lograr el difícil equilibrio entre la igualdad de oportunidades para acceder a educación de calidad y a las destrezas que reclama el nuevo mundo laboral y la sociedad de la información; y la igualdad de derechos para afirmar la diferencia en identidades y proyectos, en el marco de sociedades multiculturales y complejas.*

IV. GENERACIÓN DE OPORTUNIDADES E INCLUSIÓN SOCIAL: TRABAJO Y EMPLEO

IV.1 La situación crítica de los jóvenes

Un rasgo clave de la modernidad es la centralidad del trabajo, entendido este último como eje de integración social, sentido para la vida personal, espacio privilegiado para la participación ciudadana y motor del progreso material. Por lo mismo, la inclusión laboral de los jóvenes es factor clave para su inclusión social a corto y largo plazo. Por inclusión laboral se entiende el acceso a puestos de trabajo productivo, adecuadamente remunerados y con condiciones dignas.

Sin embargo, la debilidad del desarrollo productivo y del crecimiento económico se refleja en una heterogeneización de las estructuras laborales que afectan gran parte de la fuerza laboral, y un grado mayor aún a los y las jóvenes. Son tres las formas de exclusión laboral en que se expresa la debilidad de los procesos socioproductivos y, por consiguiente, de la inclusión laboral y social (Weller, 2001).

1. El *desempleo abierto* es la expresión más cruda de la exclusión laboral y su impacto va mucho más allá de lo estrictamente laboral, ya que el empleo “es la principal fuente de ingreso, proporciona integridad social, conlleva legitimidad y reconocimiento social, facilita los contactos y la integración a redes, facilita la participación en acciones colectivas etc.” (Ruiz-Tagle, 2000: 17).

2. Las ocupaciones *de baja productividad* y con malas condiciones laborales aumentan en el contexto de una baja demanda laboral y de la ausencia de redes de protección al desempleo.

3. *Los empleos de condiciones precarias* pueden darse en puestos de trabajo que, si bien generan valor agregado adolecen de bajas remuneraciones, y escasa seguridad social, estabilidad, salud ocupacional y derechos laborales.

Los y las jóvenes se ven afectados por las tres formas de exclusión laboral en un grado mayor que el promedio. En los años noventa en América Latina el *desempleo juvenil* duplicó la tasa de desempleo general. Alrededor de 1990, la tasa de desempleo urbano general de 16 países (promedio simple) se ubicó en 8,2%, mientras para los jóvenes de 15 a 24 años ascendió a 16,3% (véase cuadro 8 en Anexo). En 1999, la tasa de desempleo urbano general subió a 10,2%, mientras para los jóvenes de 15 a 24 años, esta tasa alcanzó un promedio simple de 19,6%, superándose la tasa nacional de desempleo entre alrededor de 50% en Nicaragua y de 130 a 140% en Costa Rica, México y Uruguay.¹⁷ Situación más preocupante es la del grupo de 15 a 19 años, que hacia 1999 contaba con tasas de desempleo de 37% en Colombia, 35,9% en Argentina y 29,2% en Chile. Mientras en 1998 la tasa de desempleo abierto urbano alcanzaba al 7,2 en Chile, la tasa de desempleo juvenil en Chile alcanzaba el 20,8% (15-19 años) y 15,1% (20-24 años), y en Uruguay el 25,1% (15-24 años). En España, el desempleo juvenil (de 16 a 29 años de edad), fue del 20,8% en el año 2000 (15,8% para los varones y 26,8% para las mujeres), un 16,5% el año 2001 (12,6% para los varones y 21,5% para las mujeres) y un 17,6% para el segundo trimestre del 2003 (14,2% para los varones y 21,8% para las mujeres).¹⁸

¹⁷ Véase CEPAL (2001a: 217-8). En el promedio ponderado, entre 1990 y 1999 la tasa de desempleo juvenil creció de 7,9% a 16% (OIT, 2000: 21).

¹⁸ Los datos de España se basan en la Encuesta de Población Activa del INE, realizada durante el segundo trimestre de cada año.

De esta manera, en términos de desempleo juvenil los años noventa conllevaron un deterioro absoluto y un estancamiento relativo respecto a la tasa general. En la mayoría de los países la situación fue aún más grave para mujeres jóvenes, ya que en el promedio de los 16 países con información disponible, en 1999 la tasa de desempleo juvenil femenino subió a 22,1%, mientras para los hombres jóvenes fue 17,9% (CEPAL 2001a: 217-8). A la vez, hacia fines de los años noventa el porcentaje de los jóvenes que ni estudian ni trabajan, ni buscan hacerlo, alcanzó 20,8% del grupo etario, siendo este porcentaje claramente mayor entre las mujeres jóvenes (27,9%) que entre los hombres jóvenes (13,2%).¹⁹

Pero no sólo en desempleo los jóvenes acusan mayores problemas de inserción laboral, sino también en la calidad del empleo. Según cálculos de la OIT, para la década pasada el moderado aumento del empleo juvenil se dio exclusivamente en el sector informal, lo que incidió en un aumento de la informalidad entre los jóvenes ocupados urbanos de 42% al inicio a 47% a fines de los años noventa (OIT, 2000). Finalmente, nuevamente según cálculos de la OIT, también se agravó la exclusión laboral del tercer tipo, ya que casi todos los nuevos puestos de trabajo para jóvenes fueron —en el saldo— de tiempo parcial. Además, hubo una fuerte caída de la cobertura previsional de los trabajadores jóvenes. En España, la precariedad laboral se ve reflejada en el hecho de que la contratación temporal de jóvenes es muy alta, al punto que 63,8% de los jóvenes trabajadores entre 16 y 24 años poseen trabajos ocasionales, y un 52,1% de los jóvenes entre 16 y 29 años se encuentra en similar condición.²⁰

La segmentación del desempleo tiene un claro sesgo por grupos de ingresos y nivel educacional, vale decir, refuerza la exclusión social castigando a los pobres y a los pobremente educados. Según ha mostrado la CEPAL, si se analiza el desempleo de los jóvenes según el nivel de ingresos de sus hogares, se observa que durante el período 1990-97 la relación entre las tasas de desempleo predominantes en el cuartil más pobre y en el más rico ha venido aumentando en 8 de 12 países estudiados para América Latina (CEPAL, 1998). En Honduras, en 1997 la tasa de desempleo del primer cuartil de ingresos era 13.1 veces la del cuarto cuartil (el de mayores ingresos), brecha que también era muy alta en Argentina (9.5) y en Bolivia (8.3). En Brasil, hacia 1997 la tasa de desempleo juvenil alcanzaba al 10.1% en el cuartil 4, contra un 22,7% en el cuartil 1, tasas que para Chile alcanzaron el 5.8 y 25,8% respectivamente, y para Bolivia el 2.0 y el 16.5 respectivamente. En Argentina, entre los jóvenes pertenecientes a hogares pobres la tasa de desempleo abierto en zonas urbanas se elevó de 40.0 a 55,4% entre 1990 y 1997, mientras en este último año dicha tasa para el total de jóvenes era del 24,3%. Similar relación se encontró en Colombia y Panamá (CEPAL, 1998).

Respecto al desempleo juvenil por nivel educativo se ha encontrado una importante heterogeneidad entre los países (Weller, 2003). Sin embargo, en general se puede constatar que en muchos casos los más educados registraron un desempleo relativamente menor, patrón que se da con mayor énfasis entre las mujeres que entre los hombres. Con todo (y como se observa en la parte izquierda del cuadro 9 del Anexo), la posibilidad de los y las jóvenes de insertarse a actividades productivas está estrechamente relacionada con el nivel educativo. En efecto, la informalidad es claramente mayor para jóvenes de niveles bajos de educación que en el nivel más alto. Durante los años noventa esta brecha aumentó aún más, con un fuerte aumento de la informalidad en los grupos educativos bajos y un aumento sólo moderado en el grupo educativo alto. Este proceso refleja la tendencia de las empresas formales a contratar personal con crecientes niveles educacionales, cerrándose cada vez más el acceso al empleo formal para jóvenes de bajos niveles de educación. Los sistemas educativos se esfuerzan a “acompañar” este proceso, y la proporción de jóvenes que entran al mercado de trabajo con sólo pocos años de estudio

¹⁹ Promedio simple de 16 países (cálculo propio con base en Diez de Medina 2001: 48).

²⁰ Basado en la Encuesta de Población Activa del INE de España, realizada durante el segundo trimestre del 2003.

desciende; en consecuencia también lo hace la proporción de los jóvenes con 0 a 5 años como porcentaje del empleo informal juvenil (parte derecha del cuadro 9 del Anexo).²¹

Por otra parte, un nivel educativo elevado (de 10 y más años de educación formal) no es garantía para una inserción laboral exitosa, ya que un tercio del grupo correspondiente se desempeña en el sector informal. Esta situación aparentemente se está agravando. Con un aumento del nivel educativo medio de los jóvenes que ingresan al mercado de trabajo, recrudescen la competencia también entre los más educados por los puestos de trabajo productivos, y a fines de los años noventa ya casi 20% de los jóvenes informales tenía 10 o más años de estudio.

En síntesis, *la situación laboral de los jóvenes es dinámica, segmentada y tiene un impacto grave sobre la sociedad en términos de deterioro de la inclusión social*. Es *dinámica*, porque está cambiando muy rápidamente la relación entre logros educativos y requerimientos en el mundo del trabajo, los cuales varían por los cambios técnicos y por las especializaciones/inserciones de las economías nacionales en el sistema global; porque está cambiando la participación de mujeres jóvenes en la PEA en relación a los varones; porque las reformas en pro de la flexibilización laboral exacerbaban la vulnerabilidad de los trabajadores y sobre todo de los que son contratados por primera vez en el nuevo marco institucional; porque las expectativas de los jóvenes son muy dinámicas e influenciadas por los cambios culturales; y porque el nuevo patrón productivo rompe, para los jóvenes que se incorporan a la PEA, la idea de estabilidad y larga permanencia en un puesto de trabajo.

Es *segmentada*, porque los jóvenes de familias de mayores ingresos, y que tienen mayores logros educacionales, tienen mejor destino laboral en términos de ingresos, condiciones de trabajo, movilidad y prestigio sociales, competitividad tecnológica, y gratificación en la ocupación. A esto se suma el hecho de que las nuevas economías tienden a polarizar la oferta de empleos de los jóvenes, y por un lado encontramos un grupo privilegiado de jóvenes *informatizados* que se incorporan como profesionales de "carrera veloz" o emprendedores exitosos, manejando mejor que los adultos las nuevas destrezas de la sociedad del conocimiento (uso de redes virtuales y adaptación a mercados desregulados y flexibles); y por otro lado una gran masa de jóvenes *informalizados*, de trabajo precario y pobre, o con empleos formales de baja especialización y salarios comparativamente decrecientes.

Finalmente, la segmentación se da por *género* (a igual nivel de educación o capacitación, las mujeres latinoamericanas siguen percibiendo ingresos inferiores a los varones), por *espacio* (los jóvenes rurales latinoamericanos tienen muchas menos oportunidades que los urbanos por el sólo hecho de estar lejos de los enclaves de modernidad), por *redes* (los jóvenes de familias urbanas y de ingresos medios y altos acceden con más facilidad a buenos empleos por contactos familiares, de compañeros de escuela, de empresas o de la tecnocracia estatal), y por el *color de la piel* (en promedio, jóvenes indígenas y afro descendientes tienen empleos más precarios y de ingresos más bajo que el resto).²²

²¹ El descenso en la informalidad laboral para jóvenes con 0 a 5 años de estudio se refiere a su proporción en el total de los jóvenes informales. La causa de ello radicaría en el menor peso de este grupo en la composición de los jóvenes, por el cambio en la cobertura educativa, como porcentaje de la informalidad juvenil total, no es buena noticia: más bien acusa mayor desempleo abierto, o renuncia a buscar empleo, en ese grupo menos educado.

²² En Brasil, por ejemplo, para el año 2001 la tasa de desempleo de los afrodescendientes era del 10.6%, vs el 8.1% de los blancos. Respecto de la tasa de informalidad estos índices eran del 46 y 31% respectivamente, y el ingreso medio del trabajo alcanzaba a los 376 reales en los primeros y los 757 en los segundos (Martins, 2003, con base en cifras de IPEA).

Paralelamente, el desempleo entre los jóvenes que no asisten a establecimientos educativos se da con mayor severidad en los hogares de bajos ingresos. Según fuentes de la CEPAL, en Brasil, entre 1990 y 1997, debido sobre todo a la detención del ritmo de crecimiento de la participación femenina, la tasa de desempleo de los jóvenes que no estudian se elevó 8 puntos; mientras en Argentina, en el mismo lapso, los jóvenes que no estudian y pertenecen a hogares pobres vieron aumentar en más de 15 puntos su la tasa de desempleo; y en México esa población aumentó en 3% su tasa de desempleo durante el mismo período.

Tratándose de exclusión e inclusión social, estar fuera de la educación ido del empleo es lo más grave para los jóvenes. Pueden distinguirse, en este sentido, al menos dos grupos con mayores problemas. De una parte están los adolescentes y jóvenes que trabajan y no pueden continuar estudiando (alrededor de dos tercios de los que han logrado emplearse), la mayor parte de los cuales lo hace para aportar ingresos a su hogar. Se trata de jóvenes que ya no asisten a la enseñanza y tienen menos de 10 años de educación (o sea, muy bajas posibilidades de aspirar a ingresos que representen movilidad social positiva), que aunque disminuyeron siguen representando entre el 20 y el 50% del total —en el cuartil de más bajos ingresos este índice oscila entre el 38 y el 82% según el país— (CELADE, 2000). En segundo lugar, jóvenes que ni estudian ni trabajan, que si bien son menos que a principios de los años noventa, siguen representando entre el 12 y el 40% en lo hogares pobres, y entre el 2 y el 10% en los hogares de ingresos más elevados (CELADE, 2000).

Por último cabe señalar que hacia 1999 en América Latina algo más del 31% de las mujeres entre 15 a 29 años se dedicaban a los quehaceres domésticos, en tanto en los jóvenes varones esa proporción sólo alcanzaba a 3,3% (véase Cuadro 10 en Anexo). De esta forma, un grupo importante de mujeres jóvenes estaba desarrollando trabajo doméstico, esencial para el funcionamiento de sus hogares sean propios o de sus familias de origen. Ese trabajo —realizado dentro de la familia— limitaba las posibilidades laborales de las jóvenes ya que en comparación con los jóvenes una proporción menor de mujeres jóvenes trabajaba y estudiaba o sólo trabajaba (véase cuadro 11 en Anexo).

IV.2 Promover oportunidades productivas para la juventud, eje de la inclusión social

Atacar el problema del desempleo juvenil requiere un enfoque integrado que incluya intervenciones en la educación, la capacitación, la oferta de empleos, el apoyo a jóvenes emprendedores de escasos recursos; y donde participen agentes diversos, desde el Estado hasta el empresariado privado, pasando por ONGs, autoridades locales, líderes juveniles, medios de comunicación, asociaciones de padres, y otros.

En primer lugar, la inserción laboral sigue dependiendo, y cada vez más, de la cantidad y calidad de educación que reciben los y las jóvenes. La reducción de la demanda laboral por personal de niveles educativos más bajos (debido a cambios tecnológicos y organizativos, así como por el aumento general del nivel educativo) refuerza la necesidad de una educación adecuada para la inclusión laboral juvenil. Si se considera que los más altos retornos a la educación se dan en quienes completan la educación secundaria y la universitaria, es necesario un enorme esfuerzo para que las reformas educativas en curso privilegien la permanencia de los adolescentes de grupos vulnerables en el ciclo secundario y promuevan mayor incorporación de estudiantes de bajos ingresos en el ciclo superior para democratizar a futuro el empleo productivo.

En segundo lugar, mientras las mujeres jóvenes de alto nivel educativo en general se ven favorecidas por las tendencias de la demanda laboral, aquellas con bajo nivel educativo —pertenecientes

en general de estratos socioeconómicos bajos— requieren atención especial, tanto por los sesgos de la demanda que las discrimina, como por las estructuras de hogar (determinadas económica y/o culturalmente) que les asignan roles tradicionales (oficios del hogar), que limitan desde temprana edad sus perspectivas de inclusión laboral. Por lo mismo, es necesario trabajar tanto en el campo de las demandas de género como en mayor igualdad de logros educacionales.

En tercer lugar, los problemas de *acceso* se concentran en los buscadores por primera vez. Aquí hay una tarea de primer orden, a saber, fomentar las primeras entradas al mercado de trabajo. Esto requiere un mayor acercamiento a los jóvenes a fin de proveerles más información, como también más oportunidades concretas de empleo. Supone, pues, una iniciativa en que deben concurrir tanto el Estado, los centros educacionales y de capacitación, y la empresa privada, con el fin de generar un acercamiento de los jóvenes al mundo laboral en términos de información, destrezas, expectativas y redes de contacto.

En cuarto lugar, la formación profesional, capacitación para el trabajo y el apoyo a jóvenes emprendedores de bajos recursos es fundamental y requiere una mayor inversión en la calidad y cobertura de estos programas, un salto cualitativo en la adecuación de la formación-capacitación a la nueva demanda laboral y al cambio técnico, y el involucramiento de múltiples actores —universidades, corporaciones de empresarios y empleadores, agentes de financiamiento, entre otros. Un sistema nacional de formación y capacitación, con pasantías en empresas y conexión con empleadores, técnicamente actualizado y pertinente para los cambios en la oferta laboral, puede mejorar sustancialmente las opciones de jóvenes que no acceden a la universidad.

En el ámbito de la capacitación y formación ocupacional, la orientación debe ser menos rígida, dados los cambios cada vez más intensivos en los mercados de trabajo. Es preciso trabajar en el desarrollo de *competencias transversales*, la provisión de habilidades para "familias" ocupacionales más que para un oficio restringido, la promoción del espíritu emprendedor, y la capacitación en principios y técnicas básicas de gerencia. Todo ello debe apuntar a formar en un amplio abanico de contenidos y procesos bajo el concepto normativo de *formación de transición*. Hay que estructurar *cadena formativa*, diferenciando cuatro momentos distintos: a) cuando los jóvenes aún están en el sistema educativo; b) cuando salen del sistema e ingresan a la fuerza de trabajo en busca de su primer empleo; c) cuando se encuentran ocupados en actividades informales de muy baja productividad o en situación de desempleo crónico; y d) cuando han logrado una afirmación ocupacional y requieren ser integrados a cadenas de formación continuada para mejorar sus activos y su inserción laboral.

El mayor desafío en este campo debe seguir siendo la *capacitación laboral unida al desarrollo de primeras experiencias laborales*. Con ello se responde a dos de las principales causas de desempleo juvenil, a saber, la falta de experiencia y la falta de capacitación.

En quinto lugar, es importante el apoyo a jóvenes emprendedores para formar micro o pequeñas empresas sostenibles en el tiempo, mediante acceso a financiamiento, información y redes, es fundamental dado que gran parte del empleo que se genera hoy en la región corresponde a pequeñas empresas. Especial apoyo se debe proveer a jóvenes emprendedores en el uso en y acceso a nuevas tecnologías de información y comunicación, dado que la incorporación a sistemas de redes de contacto y de información es, y será cada vez más, la forma más eficaz y eficiente de generar valor agregado en microempresas y pequeñas empresas. En la medida que los jóvenes tienen entusiasmo y facilidad para el uso de estas nuevas tecnologías y para la lógica de redes por vía electrónica, este activo les da enorme autonomía en adquirir conocimientos productivos, usar información de mercados, publicitarse, generar alianzas y contactos y encontrar mejores nichos de especialización.

En sexto lugar, *deben ponerse en práctica y/o ampliarse programas especiales para mejorar el empleo de grupos especialmente vulnerables*. No todos los jóvenes sufren de igual manera los niveles de desempleo y las dificultades en el empleo. Las tasas de desempleo y subempleo son mucho más altas en jóvenes de minorías étnicas, jóvenes con bajos niveles de educación, jóvenes en zonas rurales dispersas, jóvenes con distintos niveles de discapacidad y jóvenes con antecedentes de violencia delictiva. Para evitar el círculo vicioso entre la falta de empleo y la exclusión, estos grupos requieren de acciones específicas. Tales acciones pueden incluir subvención estatal a las empresas privadas por contrato de jóvenes en esta situación, cupos de trabajo en el sector público para jóvenes en tales condiciones, distintas formas indirectas de acción positiva, programas especiales de capacitación para el trabajo focalizados en vulnerabilidades específicas, y programas de orientación y colocación ocupacional para estos grupos. En general estas acciones requieren de la acción concertada entre el Estado (sobre todo ministerios de trabajo y servicios de capacitación), el sector privado y asociaciones de apoyo de la sociedad civil.

Para mejorar el impacto de la capacitación laboral es necesario impulsar estrategias de *focalización* (en los sectores juveniles más vulnerables), en la modalidad *descentralizada* (dando mayor protagonismo al nivel municipal) mediante estrategias de *cooperación interinstitucional* (con colaboración de la más amplia gama de instituciones de capacitación, públicas y privadas), con criterio de *integralidad* (articulando capacitación con pasantías laborales y apoyo a inserción laboral), elaboradas en base a *acuerdos en el mercado* (fundamentalmente entre entidades de capacitación y empresas), y respaldadas con exigentes mecanismos de *monitoreo y evaluación*.

Es muy importante darle mayor presencia a la generación de empleo en las políticas de inversión pública, de innovación productiva y de estabilización macroeconómica. No sólo es cosa de expandir las oportunidades laborales de los jóvenes. También es muy importante incorporar a las nuevas generaciones al mundo productivo porque son ellas las que ostentan mayores activos para cumplir con los nuevos requerimientos productivos en mercados abiertos: más años de educación que permiten incorporar mayor valor agregado intelectual a la producción, más familiaridad con las nuevas tecnologías de información y comunicación, y mayor flexibilidad para adaptarse a nuevas formas del trabajo.

V. PARTICIPACIÓN JUVENIL Y CIUDADANÍA

V.1 Un nuevo escenario de participación y ciudadanía

No sólo el circuito educación-trabajo define la inclusión social de los jóvenes. También la participación social y el ejercicio ciudadano constituyen dimensiones claves de la inclusión, pues en ellas los jóvenes expresan tanto sus posibilidades como sus deseos en la construcción de un futuro compartido. En este campo de la participación y la ciudadanía, las nuevas generaciones distan mucho de los impulsos utópicos y mesiánicos de generaciones precedentes. Han cambiado radicalmente los espacios y los motivos que nuclean a la juventud.

Un primer cambio importante es que la política ha dejado de vincularse a la idea de un Gran Cambio Social, y la participación de los jóvenes tiende a darse más en ámbitos locales y fuera de los partidos políticos. Asume formas de pequeña escala, de menor horizonte temporal y de alcance más modesto en las pretensiones de cambio.

Un segundo cambio se da en el campo de la ciudadanía. La crisis del empleo tiende a restarle centralidad al trabajo como lugar privilegiado de ejercicio de derechos sociales y de participación política. Sea por aumento del desempleo y de la precariedad laboral, por mayor flexibilización contractual o por debilitamiento del actor sindical en el nuevo modelo económico, el hecho es que el trabajo deja de ser el gran eslabón entre vida privada y vida pública, entre actividad económica y compromiso político, entre lo personal y lo colectivo. Tanto más real es este cambio para los jóvenes, que no vivieron en carne propia ni la expectativa del pleno empleo ni la centralidad de las asociaciones de trabajadores en la agenda política; y que además tienen muchos más problemas para participar de manera estable en el mundo laboral.

Este paso de lo privado a lo público, y de lo personal a lo colectivo, también se da hoy en otras esferas no estrictamente productivas, tales como la comunicación de masas, la recreación, las demandas étnicas y de género, las redes virtuales y los consumos culturales. De allí que los intereses de los jóvenes en relación a ejercicio ciudadano y participación sean hoy muy distintos. Y por lo mismo, no se sienten representados por los sistemas políticos, ya que las nuevas inquietudes juveniles son difíciles de procesar en un sistema habituado a actores corporativos y más ligados al mundo productivo.

En el campo de los derechos, los jóvenes tienen razón al sentirse ciudadanos de segunda clase, y esto por las siguientes razones. En primer lugar, se sienten discriminados en el acceso al empleo, dado que están más educados que la generación anterior, manejan mejor las nuevas destrezas de la sociedad de la información: pero a la vez duplican índices de desempleo respecto de los adultos, tienen mayor precariedad contractual cuando están empleados, y no forman parte de los grupos corporativos en la defensa de sus intereses. En segundo lugar, y como se señaló, no ven sus demandas y anhelos representados en el debate político. Y en tercer lugar, se sienten discriminados en el espacio público, pues perciben que distintas figuras de autoridad (maestros, policías, jueces, políticos y expertos) los ven como potencialmente violentos y disruptivos.

V.2 Cómo participa la juventud

Hechas estas consideraciones, y en base a las Encuestas Nacionales de Juventud realizadas el año 2000 en cuatro países —Chile, Colombia, México y España— en poblaciones jóvenes cuyas edades fluctúan entre los 15 y 29 años, se pueden observar las tendencias que siguen.²³

1. *Una primera tendencia es el descrédito de las instituciones políticas y del sistema democrático por parte de los jóvenes.* La información para los países señala claramente un proceso de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores así como también una desvalorización del régimen democrático como sistema de gobierno. Este último aspecto aparece vinculado a la percepción de que la democracia y su ejercicio no genera un sistema de igualdad de oportunidades.²⁴

La forma más evidente del rechazo de los jóvenes se manifiesta en el hecho de no participar en los comicios electorales y la negación del voto como instrumento de participación ciudadana.²⁵ Las encuestas muestran también que en general los jóvenes participan poco de movimientos estudiantiles, sindicatos, partidos políticos y organizaciones comunitarias, instancias que en generaciones precedentes nucleaban el grueso de la participación juvenil. A pesar de que en el imaginario de los jóvenes persiste una fuerte conexión entre asociatividad y política, la participación en instituciones políticas es la que presenta menor atractivo para ellos. De hecho, la gran mayoría no se identifica con ningún partido y de la minoría que tiene preferencias político-ideológicas, el porcentaje de militantes es ínfimo.²⁶

Si bien los jóvenes manifiestan su descrédito respecto de organizaciones tradicionales de la política, valoran altamente la participación como mecanismo para la autorrealización y obtención de logros. Lo que rechazan, más bien, es el tipo de práctica política en que ellos, como jóvenes, tienden a sentirse manipulados por otros y para fines con los que no se identifican. Por otra parte, los jóvenes actuales tienden a ser más esporádicos y discontinuos en la participación: se involucran generalmente en actividades puntuales, durante ciertos períodos, sin comprometerse en el largo plazo.

En el marco de esta tendencia general destacan también ciertas diferencias que se encuentran vinculadas a la historia política de cada país. Chile y España comparten ciertos rasgos pues han visto marcada su historia por episodios autoritarios represivos con intervención de las fuerzas armadas, de los cuales hay todavía memoria transmitida. De hecho, las sociedades que han sufrido los regímenes autoritarios han creado mayores sensibilidades y compromisos de resguardo de las instituciones democráticas y de quienes las defienden. Así, por ejemplo, tres de cuatro jóvenes españoles simpatizan con la democracia como régimen de gobierno. No así en las sociedades mexicana y colombiana, donde

²³ Aun cuando ésta constituye una valiosa fuente de información, hay problemas de comparabilidad por diferencias en diseños metodológicos entre las encuestas mencionadas. Las encuestas revisadas son las siguientes: INJ de México (2000), INJ de Chile (2000), Colombia Joven (2000), y INJUVE (2000).

²⁴ En España, los jóvenes han perdido cada vez más la confianza en instituciones políticas, religiosas, las Fuerzas Armadas lo cual los ha hecho perder el interés por participar de estas instituciones: 7% de los jóvenes entre 15 y 25 años afirmaban que la política es muy importante en 1998. En Chile, de acuerdo a la Tercera Encuesta Nacional de Juventud (2001), sólo el 48.8% de los y las jóvenes de 15 a 24 años tenía una valoración claramente positiva de la democracia como sistema de gobierno.

²⁵ En Chile, de acuerdo a datos para el año 2000, sólo el 30,9% de los y las jóvenes afirmó estar inscrito en los registros electorales.

²⁶ Por ejemplo, en Colombia bordea el 1%; y en el caso de los jóvenes mexicanos, ellos declaran preferir ser parte de un acto en favor de los derechos homosexuales antes que asistir a un acto partidista.

muchos jóvenes expresan su crítica a los sistemas políticos nacionales mediante posturas más cercanas al autoritarismo o la “mano dura”.²⁷

2. *Una segunda tendencia es que ciertas prácticas culturales tradicionales, particularmente religiosas y deportivas, son las que concentran los mayores niveles de asociatividad.* Sin embargo, la participación en estas prácticas culturales se encuentra condicionada por variables socioeconómicas y de género.

La información para los distintos países indica que, a pesar de los procesos de secularización, existen altos niveles de asociatividad en torno a las prácticas religiosas, principalmente católicas y, en segundo término, evangélicas. La variable socioeconómica tiene incidencia en las prácticas asociativas católicas ya que el porcentaje de creyentes practicantes declina a medida que el nivel socioeconómico disminuye. Tiene incidencia también en las iglesias evangélicas pentecostales, las que han conseguido una mayor base de apoyo en los sectores populares de diversos países latinoamericanos. En relación a las asociaciones deportivas la presencia es mayoritariamente masculina, inclusión que empieza en la adolescencia pero que no se traduce a futuro en una participación activa en otro tipo de organización. El fin es el deporte como ejercicio individual y no la creación de lazos o ideales comunes.

3. *Una tercera tendencia es que, junto a la asociatividad generada por estas prácticas culturales tradicionales, se aprecia la creciente importancia que adquieren nuevas modalidades asociativas de carácter informal.* En efecto, a partir de la década de los ‘80 los jóvenes potenciaron su inclusión en las estructuras sociopolíticas a través de formas de organización alternativas —sin negar la vigencia de las tradicionales expresiones de significación de la ciudadanía— donde la responsabilidad es del propio colectivo, sin la autoridad directa de adultos.

Estas nuevas modalidades asociativas se constituyen como estructuras más efímeras y de lazos flexibles, cuyo rasgo clave es su falta de institucionalización e inserción en estructuras formales. Entre ellas destacan los grupos informales como los *graffiteros*, los *skaters*, *okupas* y bandas de música. Son modos de agrupación preferentemente masculinos que se apropian de determinados territorios urbanos y que se encuentran en las principales metrópolis del continente. La conformación de estas nuevas modalidades asociativas, que son generadoras de identidades sociales, gira en torno a contextos locales. Sin embargo, también siguen modelos globales.

En estos nuevos modos de agrupación es bastante reducido el porcentaje de jóvenes que cree que ser un buen ciudadano es comprometerse con el país. Más bien, como ocurre con jóvenes mexicanos, la cotidianeidad se da en torno a “vivir sin involucrarse”. Esta realidad provoca que la proliferación del espacio de encuentro juvenil se dé, principalmente, entre los grupos de pares y que la calle sea el ámbito de socialización más común. En España el contexto es similar, así como en la sociedad chilena que está viendo una emergencia de este fenómeno.

Existe también una versión negativa o violenta de estas nuevas formas de asociatividad, que incluye a las pandillas, los grupos reivindicativos de choque, las mafias, y otros. Se da con mayor presencia en países como Colombia o El Salvador, pero no se restringe a estos países. Tienen a proliferar estos grupos allí donde hay una importante cantidad de jóvenes inmersos en las esferas informales relacionadas con la violencia y el delito, y donde se ha masificado el porte de armas de fuego. Las razones de este fenómeno se enmarcan en la problemática económica (pobreza), la falta de educación y

²⁷ Incluso una mayoría femenina es partidaria de sacar al ejército a las calles en México para “frenar las convulsiones”.

oportunidades (estancamiento), la presión de pares para formar parte de estos grupos, y el aprendizaje en culturas de la violencia o en formas violentas de resolución de conflictos.

4. *Una cuarta tendencia muestra que los jóvenes, si bien afirman una creciente preocupación y conciencia por temas emergentes, no traducen esta conciencia en niveles significativos de participación.* Existen temas que han logrado tocar la sensibilidad de los jóvenes como los derechos humanos, la paz, el feminismo, la ecología y las culturas de etnias o pueblos originarios. Sin embargo, se aprecia una disociación entre la conciencia y los modos de acción social de los jóvenes. Dicho de otro modo, estas preocupaciones no logran constituir modalidades de asociación predominantes. Sin embargo, se observa un incipiente y paulatino aumento de la participación en estos temas, preferentemente en los jóvenes de 15 a 25 años.

Los denominados nuevos movimientos sociales que han dado vida a estas asociaciones étnicas, ecológicas o filantrópicas, se constituyen en torno a demandas de reconocimiento social. Esto significa que buscan sobre *todo darle relevancia política y visibilidad pública a actores y temas secularmente soslayados*. La asociatividad en torno a la problemática indígena es la que más ha logrado articular la respuesta de la sociedad civil, particularmente de jóvenes estudiantes insertos en grupos culturales. El ámbito universitario es un espacio donde los temas indígenas han encontrado un espacio tanto teórico como práctico. En su mayoría, las asociaciones en este ámbito están referidas a preservar el desarrollo e identidad de los grupos indígenas o afro descendientes.

5. *Una quinta tendencia es que los medios de comunicación —y, en particular la televisión— tienen incidencia creciente en la generación de nuevas pautas de asociatividad juvenil.* Los jóvenes son importantes consumidores de televisión y su vida está marcada por la centralidad de la experiencia audiovisual. Algunos autores incluso se refieren al “nuevo sensorium” de los jóvenes el que implica cambios en los modos de percepción del tiempo y del espacio.

La información para los países pareciera indicar una cierta asociación entre la experiencia audiovisual y los cambios en los modos de asociatividad. La centralidad de la experiencia audiovisual pareciera implicar una televisación de la vida pública y la participación en ésta a través de la pantalla, lo que los transformaría en tele-ciudadanos. Esto implicaría una opción por vivir conscientes de los problemas públicos —incluidos los temas emergentes, las causas globales— pero no necesariamente comprometidos con esas causas. Se observa nuevamente el divorcio entre altos niveles de información que no se traducen en modos de acción colectiva. Más aún, la televisación de la vida pública puede ser uno de los elementos que están en la base de los procesos de desafección juvenil frente a las instituciones políticas y sus actores. A pesar de que la información televisiva tampoco goza de altos niveles de credibilidad, ella podría estar influyendo en el descrédito de la política dada la inclinación de los medios a centrar la atención en casos de corrupción o falta de probidad.

6. *Una sexta tendencia se relaciona con el ejercicio de la ciudadanía en redes virtuales.* Debe tomarse en cuenta que el uso de redes virtuales es más intenso en jóvenes que en otros segmentos etarios, y más aún con el objeto de organizarse colectivamente. Ejemplo de ello es la altísima proporción de jóvenes en las tres instancias sucesivas del Foro Social Mundial de Porto Alegre, concertados previamente por medio de Internet y correos electrónicos. De manera que se abre paso a un nuevo modo de participación que tiene su lado más continuo en las redes virtuales, y su lado más espasmódico en la movilización en el mundo “real”. Y que el espacio de referencia no sea la nación ni el Estado-Nación, sino el vínculo más directo entre espacios locales y movilizaciones globales. No aspiran allí a ver cumplidas reivindicaciones materiales (empleo, ingresos) o de poder (cuotas en partidos, representación

parlamentaria), sino que se movilizan por causas más genéricas y universalmente compartibles, como la paz mundial, los derechos humanos, la justicia, la defensa del medio ambiente, y otras.

7. *Una séptima tendencia es la participación en grupos de voluntariado.* Un congreso realizado este año en Santiago, convocado por el BID, reunió varios miles de jóvenes voluntarios de distintos países de América Latina, dispuestos a costearse incluso su traslado para asistir al encuentro. La Encuesta de Juventud de España también revela una creciente propensión de los jóvenes a participar de grupos de voluntariado.

La atracción que ejerce el voluntariado sobre los jóvenes es múltiple. Primero, porque adherir es un acto de clara autonomía, dado que en la acción voluntaria no hay instrumentación de fines sino el deseo individual de cada uno de aportar. Segundo, porque tratándose de una opción compartida entre jóvenes, vale decir, un tipo de actividad que se realiza colectivamente, la acción voluntaria supone una pertenencia de los individuos involucrados a un colectivo caracterizado precisamente por la autonomía en la elección de pertenencia de sus miembros. Como en el campo más formalizado de la política muchos jóvenes manifiestan rechazo debido a que se sienten cooptados o infantilizados por las dirigencias partidarias, encuentran en el campo de la acción voluntaria una lógica distinta, no movida por intereses de cooptación o hegemonía. Además, la acción voluntaria permite armonizar una motivación ética con la acción colectiva, conciliar el esfuerzo personal con una cierta utopía solidaria, sin por eso tener que suscribirse a doctrinas o autoridades doctrinarias. Por otra parte, la acción voluntaria permite una mayor vinculación clara, y sobre todo inmediata y directa, entre la inversión (afectiva) y la retribución (simbólica). Y lo más importante, *la acción voluntaria le permite al joven involucrado colocarse como protagonista y no como marginado, como proveedor y no como dependiente, como héroe y no como víctima, como meritorio y no como objeto de sospecha por parte de los adultos.*

V.3 Promoviendo la participación y la ciudadanía

Es necesario tener en claro, en primer lugar, que los jóvenes valoran positivamente la participación, pero que la misma tiene hoy otros canales y otras motivaciones. Desde la perspectiva de la gestión pública, lo importante es imprimirle a las políticas juveniles un fuerte sesgo pro-participación de los beneficiarios; y por otro lado, procurar la movilización de jóvenes en políticas públicas que apunten a apoyar a otros grupos.

Esto último nos devuelve a la importancia de promover el *voluntariado juvenil* como un eje central de las políticas públicas de interés social. Ejemplo de acciones voluntarias coordinadas desde el ámbito público, son algunos programas de combate a la pobreza y construcción de viviendas mínimas, las campañas de alfabetización, el cuidado de parques y plazas, la construcción de infraestructura o la defensa del medio ambiente. El mayor desafío es articular el voluntariado juvenil con las principales políticas públicas, lo cual requiere de estrategias comunicacionales que procuren sintonizar a los jóvenes con la acción pública. Existen precedentes en la región que muestran la eficacia de estas acciones, tales como la Campaña Nacional de Alfabetización en Guatemala, que ha sido categorizada como un gran movimiento nacional de juventud,²⁸ o la Campaña Nacional de Alfabetización del Ecuador a comienzos de la década de los 90 en la que participaron 100.000 jóvenes.

²⁸ Esto se logró mediante la creación del Movimiento Nacional para la Alfabetización (MONALF/GUA) en octubre de 2000, sobre la base de alianzas estratégicas entre organismos del Estado y de la Sociedad Civil, movilizandoo 50.000 jóvenes (estudiantes de enseñanza media) que han alfabetizado a 180.000 personas (Rodríguez, 2002).

También es importante involucrar a los jóvenes en acciones en torno a problemas de salud que los afectan más directamente, como son las campañas destinadas a prevenir el embarazo adolescente, el contagio de enfermedades de transmisión sexual, la adicción a estupefacientes y la violencia juvenil. De este modo la juventud deviene simultáneamente *sujeto y objeto* de la política pública, lo que permite ir revirtiendo el círculo vicioso de la apatía política mediante el círculo virtuoso de la participación en políticas públicas. Y revirtiendo, también, el círculo vicioso de la "degradación ciudadana" de los jóvenes (estigmatizados como disruptivos y sospechosos), mediante el círculo virtuoso de la movilización ciudadana de los jóvenes. Tanto más importante porque la juventud *se involucra movilizándose*.

En este sentido también importan los criterios del Estado para enfrentar los problemas asociados a la violencia juvenil. Recordemos los elementos que gatillan la violencia juvenil: la brecha de expectativas entre mayor consumo simbólico vs. mayores dificultades para el consumo material, la difusión de formas ilícitas de obtención de recursos monetarios, y la mala distribución de la riqueza en el grueso de la región iberoamericana. Todo esto nutre, en las periferias urbanas, las subculturas —pandillas, barras bravas— donde la violencia es parte de la convivencia, y donde la movilización busca descargar las frustraciones. Actualmente los hechos de violencia constituyen la primera causa de muerte de jóvenes varones en varios países de Iberoamérica. Al mismo tiempo, los jóvenes varones, sobre todo si pertenecen a grupos de bajos ingresos y habitan la periferia urbana, son vistos por el resto de la sociedad como potenciales infractores y violentistas. Esta predisposición negativa se agudiza a medida que la inseguridad ciudadana se convierte en una de las aprehensiones que más influye en la opinión pública.

De esta manera, la violencia toma a muchos jóvenes a la vez como víctimas y protagonistas. En este contexto, *la participación de los propios jóvenes en programas de prevención de conductas violentas tiene un triple impacto favorable: sobre esas conductas, sobre la disposición de los jóvenes a involucrarse en la política pública, y sobre la imagen que el resto de la sociedad tiene de los jóvenes.*

La prevención de la violencia juvenil es clave para la convivencia ciudadana. Partiendo del consenso de que las vías puramente represivas no son eficaces y a la vez son más caras, importa impulsar estrategias alternativas, actuando simultáneamente en el conjunto de factores incidentes bajo la perspectiva de la mayor convivencia ciudadana: recalificación de la policía, combate a la violencia doméstica, promoción de mecanismos pacíficos de resolución de conflictos, modernización de la justicia, provisión de alternativas pacíficas de socialización juvenil, mejoramiento del tratamiento que del tema hacen los medios masivos de comunicación, sensibilización de la opinión pública (desestigmatizando el problema), desarme de bandas combinado con medidas dignas de reinserción social, desaprendizaje de la violencia y fomento de una cultura de paz (Rodríguez, 2002).

Por otra parte es importante que los gestores e impulsores de políticas públicas que apuntan a grupos juveniles, consideren también los cambios culturales que viven los jóvenes, la influencia de los medios de comunicación y de la industria cultural, las aspiraciones a mayor autonomía por parte de la juventud, sus tensiones ya señaladas entre mayor formación y menor empleo, y entre mayores expectativas y menores canales para satisfacerlas. En la medida en que se establezca un diálogo horizontal con los jóvenes en torno a estas tensiones que los desgarran, ellos podrán sentirse nuevamente más protagonistas y menos infantilizados o estigmatizados.

No sólo es recomendable situarse en las preocupaciones y cambios culturales que vive la juventud. También es importante potenciar los espacios que los jóvenes utilizan para participar. Para ello se debe avanzar en el compromiso de autoridades municipales, y en coordinación con el Tercer Sector (ONGs, grupos voluntarios), dado que el nivel local, más próximo en el espacio y más inmediato en el vínculo, permite que los jóvenes se sientan interlocutores frente a la autoridad. La oferta de instancias

locales (escuelas de rock o graffiti, talleres de desarrollo personal, iniciativas de voluntariado municipal, y otros), permite a la juventud encontrar canales de participación más vinculados con su vida cotidiana. Y eso lo valoran más que los grandes relatos de cambio social.

No debe temerse la movilización juvenil, sino más bien mantener un diálogo con los jóvenes que se involucran en movimientos sociales diversos y que defienden distintas causas. La juventud debe percibir la voluntad, por parte del Estado o del sistema político, de reconocerles plena carta de ciudadanía y de valorar sus formas de participar en asuntos de interés público.



BIBLIOGRAFÍA

- BID y UNESCO (2002) *Juventud, violencia y vulnerabilidad social en América Latina: desafíos para políticas públicas*, Brasil.
- BURT, Martha (1998) *¿Por Qué Debemos Invertir en el Adolescente?* Organización Panamericana de la Salud (OPS) y Fundación Kellogg, Washington.
- CELADE (2000), *Juventud, población y desarrollo: problemas, posibilidades y desafíos*, Santiago, Serie Población Y Desarrollo No. 6.
- CEPAL (1991) *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad*, Santiago.
- CEPAL (1997) *Panorama Social de América Latina, 1997*.
- CEPAL (1998) *Panorama Social de América Latina 1998*.
- CEPAL (2002) *Panorama Social de América Latina 2001-2002*, Santiago.
- CEPAL/CELADE (2002) *Vulnerabilidad sociodemográfica: viejos y nuevos riesgos para comunidades, hogares y personas*, Santiago, LC/G.2170(SES.29/16).
- CEPAL (2001) *Construir la equidad en la infancia. Avances y rezagos en la situación de niños, niñas y adolescentes en Iberoamérica*, Santiago, CEPAL/UNICEF/SECIB, LC/G.2144.
- CEPAL (2001a) *Panorama Social de América Latina 2000-2001*, Santiago.
- CEPAL/CELADE (2000) *Juventud, población y desarrollo en América Latina y el Caribe*, Santiago, LC/G.2113-P.
- Colombia Joven (2000) *Encuesta Nacional de Jóvenes*, Bogotá.
- Diez de Medina, Rafael (2001) "Jóvenes y empleo en los noventa", OIT/ CINTERFOR, Montevideo.
- Esping-Andersen, G. (2000) *Social indicators and welfare monitoring*, Ginebra, UNRISD, UNRISD Programme Paper on Social Policy and Development, No. 2.
- Gvirtz, Silvina y Mariano Narodowski (1998) "Acerca del fin de la escuela moderna: la cuestión de la simultaneidad en las nuevas reformas educativas de América Latina", Caracas, Revista Relea No. 5, mayo-agosto.
- Hilbert, Martin (2001) "Latin America on its path into the digital age: where are we?", Santiago, CEPAL, Serie Desarrollo Productivo No. 104, junio.
- Hopenhayn, Martín y Ernesto Ottone (2000) *El gran eslabón: educación y desarrollo en el siglo XXI*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- INJUVE, Instituto de la Juventud de España (2000) *Informe Juventud en España 2000*, Madrid.
- Instituto Mexicano de la Juventud, Mexico (2000) *Jóvenes Mexicanos del Siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*, México, D.F.
- Instituto Nacional de la Juventud de Chile (2000) *Situación y Condición de los Jóvenes Chilenos a Comienzos del Nuevo Siglo. Tercera Encuesta Nacional de Juventud 2000*, Santiago.
- Izquierdo, Antonio, Diego López y Raquel Martínez (2002) *Los preferidos del siglo XXI: la inmigración latinoamericana en España*, Universidad de La Coruña, inédito.
- Martins, Robert (2003) "Desigualdades Raciais e Políticas de Inclusão Racial: Um Sumário da Experiência Brasileira Recente", CEPAL, por publicar.
- OIT (2000) *Panorama Laboral*, No.7, Lima.
- Palazón, S. (1996) "Latinoamericanos en España (1981-1994), Aproximación a un fenómeno migratorio reciente", en Estudios Migratorios Latinoamericanos, Volumen 11, No. 32, páginas 179-210.
- Rodríguez, Jorge (2003) "La fecundidad alta en América Latina y el Caribe: un riesgo en transición", documento presentado al seminario *La Fecundidad en América Latina y el Caribe: ¿Transición o Revolución?*, Santiago de Chile, Sede de la CEPAL, 9 al 11 de junio de 2003.
- Rodríguez, Ernesto (2002) *Actores estratégicos para el desarrollo: políticas de juventud para el siglo XXI*, México, Instituto Mexicano de la Juventud y Secretaría de Educación Pública.

- Ruiz-Tagle, Jaime (coord.) (2000): Exclusión social en el mercado de trabajo en Mercosur y Chile, OIT y Fundación Ford
- SERNAM, Servicio Nacional de la Mujer (2001) *Mujeres chilenas. Estadísticas para un nuevo siglo*, Santiago de Chile.
- UNESCO (1999) *Anuario Estadístico*, 1999.
- UNESCO, Oficina Regional de Educación para América Latina y el Caribe (2001) *Situación Educativa de América Latina y el Caribe, 1980-2000*, Santiago.
- United Nations (2001) *World Population Prospects. The 2000 Revision*, Nueva York, División de Población de las Naciones Unidas, 2 volúmenes, ST/ESA/SER.A/198 y ST/ESA/SER.A/198
- Weller, Jürgen (2001) "Procesos de exclusión e inclusión laboral: La expansión del empleo en el sector terciario", Serie Macroeconomía del Desarrollo, no.6, CEPAL, LC/L.1649-P
- Weller, Jürgen (2003): "La problemática inserción laboral de los y las jóvenes", mimeo, CEPAL.

ANEXO DE CUADROS Y GRÁFICOS

Cuadro 1

**PAÍSES SELECCIONADOS DE AMÉRICA LATINA: PROPORCIÓN DE MADRES O EMBARAZADAS
POR PRIMERA VEZ ENTRE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS, FECHAS SELECCIONADAS**

País y fecha	Sin educación	Educación primaria	Educación secundaria o más	Total
Bolivia 1989	26.3	28.7	9.4	17.2
Bolivia 1998	51.5	28.9	8.8	13.7
Brasil 1986	21	16.6	4.3	13.3
Brasil 1996	54.4	28.3	14.1	18
Colombia 1986	26.2	22.3	6.9	13.6
Colombia 2000	45.5	33.7	15	19.1
Guatemala 1995	39.1	23	4.8	21.1
Guatemala 1998/99	40.5	25.6	9.2	21.6
Haití 1994/95	25.6	15.1	7.8	14.5
Haití 2000	44.6	18.8	10.7	18
Perú 1986	25.9	22.3	7.4	12.7
Perú 2000	36.9	26.4	9.2	13.0
República Dominicana 1986	47.1	21.2	8.1	17.4
República Dominicana 1999	31.1	27	13.8	20.8

Fuente: www.measuredhs.com.

Cuadro 2
**PAÍSES SELECCIONADOS DE AMÉRICA LATINA: EVOLUCIÓN DE LA PROPORCIÓN DE MUJERES DE 15 A 19 AÑOS QUE HA
 TENIDO HIJOS, POR EDADES SIMPLES,
 CENSOS 1990 Y 2000**

Edad	Bolivia		Brasil		Chile		Costa Rica		Ecuador		México		Panamá		Uruguay		Venezuela	
	92	01	91	00	92	02	84	00	90	01	90	00	90	01	85	96	90	01
15	1.6	2.0	2.2	3.3	2.1	6.3	2.0	2.5	6.2	3.2	1.4	1.8	3.6	4.1	1.2	5.0	3.3	3.2
16	4.4	5.7	5.2	7.7	4.8	5.1	5.6	6.2	5.4	8.1	3.8	4.8	8.2	9.3	3.4	7.7	4.7	7.5
17	9.9	11.7	10.2	14.0	9.8	10.2	10.9	11.8	11.0	14.9	8.6	10.7	15.2	16.2	7.2	12.8	9.4	13.7
18	17.9	20.8	17.1	21.3	16.1	16.7	18.6	19.8	19.4	23.9	16.1	18.2	22.4	25.4	12.4	18.4	15.1	21.8
19	28.0	29.2	24.4	28.8	24.8	24.1	27.5	27.5	27.9	32.5	24.2	26.2	30.8	33.3	19.3	24.6	22.1	29.9
Total	11.7	13.5	11.5	15.0	11.8	12.3	12.8	13.2	13.5	16.3	5.8	7.6	16.1	17.4	8.4	13.9	13.8	15.0

Fuente: procesamientos especiales de las bases de microdatos censales.

Cuadro 3
AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TIPOS DE FAMILIA QUE TIENEN LOS JÓVENES
ENTRE 15 Y 29 AÑOS
(Promedios simples)

	Tipos de hogar/familia					Total
	Nuclear	Extendida	Compuesta	Unipersonal	Hogar sin núcleo	
Total Jóvenes	57.2	34.6	2.9	1.0	4.2	100.0
Total Hombres	57.5	33.5	2.9	1.5	4.6	100.0
Total Mujeres	56.9	35.7	2.9	0.6	3.8	100.0
Total Jefes	68.3	11.6	1.8	9.0	9.4	100.0
Total Jefes Hombres	72.5	11.1	1.7	7.8	7.0	100.0
Total Jefas	48.5	14.5	2.0	14.6	20.4	100.0

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogar de los respectivos países.

Cuadro 4
ESPAÑA: INMIGRANTES LATINOAMERICANOS POR SUBREGIÓN Y PAÍS DE ORIGEN
 (TOTAL Y JÓVENES). 1999

Subregión y país de origen	Inmigrantes		16 a 24 años	
	Total	Estudiantes	Total	Estudiantes
Total América Latina	149571	12310	20065	2360
Mesomérica y Caribe	52386	3756	7921	797
Costa Rica	282	167	28	20
Cuba	16556	510	2158	48
El Salvador	998	140	179	34
Guatemala	547	101	117	26
Honduras	1151	...	208	...
México	4868	2275	416	518
Nicaragua	518	135	75	22
Panamá	349	130	16	33
República Dominicana	26854	126	4696	53
Otros Norte y Centroamérica	263	172	28	43
América del Sur	97185	8554	12144	1563
Argentina	16290	1229	1744	168
Bolivia	1283	192	149	40
Brasil	8120	1515	886	369
Colombia	13627	2009	1626	390
Chile	5927	1159	609	158
Ecuador	12933	403	2345	90
Paraguay	529	...	53	...
Perú	27263	754	3641	132
Uruguay	3880	109	350	13
Venezuela	7323	1093	741	187
Otros Sudamérica	10	91	...	16

Fuente: www.ine.es.

Cuadro 5
IBEROAMÉRICA: TASAS BRUTAS DE MATRÍCULA
(1997 excepto donde se indique)

	Primaria	Secundaria	Superior
Argentina	111	73	--
Bolivia	109	48	26
Brasil (98)	132	67	13
Chile (96)	101	82	31
Colombia	109	68	21
Costa Rica (98)	107	56	17
Ecuador	122	57	--
El Salvador (96)	107	33	17
España	107.2	119.9	51.4
Guatemala	88	26	14
Honduras (94)	111	--	--
México (98)	114	72	19
Nicaragua (98)	100	49	14
Panamá (99)	102	69	43
Paraguay	113	49	8
Perú (99)	126	82	27
Portugal (95)	127.6	110.7	38.8
República Dominicana	143	33	23
Uruguay	113	86	31
Venezuela	94	28	37

Fuente: CEPAL. Anuario Estadístico, 2000. Unesco, World Education Indicators.

Cuadro 6
MATRÍCULA EN EDUCACIÓN SECUNDARIA Y SUPERIOR, 1985 A 1997
COMPARACIÓN ENTRE AMÉRICA LATINA Y EL MUNDO INDUSTRIALIZADO

Grupos de países	Tasas brutas de matrícula					
	Educación secundaria			Educación terciaria		
	1985	1997	Incremento porcentual en tasas de matrícula	1985	1997	Incremento porcentual en tasas de matrículas
América Latina y el Caribe	50.2	62.2	12.0	15.8	19.4	3.6
Países de la OCDE	92.3	108.0	15.7	39.3	61.1	21.8
Economías Asiáticas de reciente industrialización*	57.3	73.1	15.8	14.8	30.5	15.7
Este y Sudeste Asiático**	41.5	66.3	24.8	5.4	10.8	5.4

Fuente: Beverley Carlson, basado en datos de UNESCO, World Education Report 2000

* Hong Kong, República de Corea, Singapur, China, Malasia y Tailandia.

**Sólo países en desarrollo (no industrializados, incluyendo los de industrialización reciente o incipiente).

Cuadro 7
AÑOS DE EDUCACIÓN REQUERIDOS PARA SALIR DE LA POBREZA O NO CAER EN ELLA

	Años de educación	Ingreso promedio en valores de la línea de pobreza	Porcentaje de no pobres
Brasil, 1990	10 - 11	7.1	87
Chile, 1992	12 - 14	5.7	86
Colombia, 1991	12 - 14	5.4	87
Costa Rica, 1992	10 - 11	6.2	89
Guatemala, 1989	12 - 14	6.1	90
Honduras, 1990	10 - 11	6.3	82
Panamá, 1991	12 - 14	7.0	91
Uruguay, 1991	12 - 14	5.8	98
Venezuela, 1992	10 - 11	4.6	84

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

Cuadro 8

AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): TASAS DE DESEMPLEO ABIERTO, SEGÚN SEXO Y EDAD,
EN ZONAS URBANAS, ALREDEDOR DE 1990, 1994, 1997, 1999 Y 2000 a/

País	Sexo	Grupos de edad																								
		Total					15 a 24 años					25 a 34 años					35 a 44 años					45 años y más				
		1990	1994	1997	1999	2000	1990	1994	1997	1999	2000	1990	1994	1997	1999	2000	1990	1994	1997	1999	2000	1990	1994	1997	1999	2000
Argentina (Gran Buenos Aires)	Total	5.9	13.0	14.3	14.7	14.9	13.0	22.8	24.2	24.3	25.8	4.9	10.0	12.7	12.0	12.7	4.1	10.5	10.6	11.6	12.0	3.8	10.3	11.6	12.9	12.2
	Hombres	5.7	11.5	12.4	13.4	13.4	11.5	20.3	21.1	22.8	21.5	5.0	8.8	10.1	11.3	12.3	3.9	7.3	8.6	8.0	12.7	4.2	10.5	11.1	12.7	12.7
	Mujeres	6.4	15.5	17.2	16.5	17.2	15.6	26.7	28.9	26.3	31.2	4.9	11.9	16.8	13.0	13.4	4.3	15.4	13.8	16.1	11.6	3.0	10.0	12.4	13.2	11.6
Bolivia	Total	9.4	3.2	3.7	7.1	7.2	17.4	5.8	6.4	15.3	14.1	8.5	2.8	3.7	6.3	6.6	5.1	2.0	2.9	3.8	4.7	6.6	2.1	2.1	3.7	4.1
	Hombres	9.5	3.4	3.7	6.0	5.7	18.2	6.3	5.8	12.5	11.4	7.5	2.5	3.4	4.8	5.4	5.5	2.1	3.1	2.3	2.6	8.5	2.9	2.8	4.9	3.9
	Mujeres	9.1	2.9	3.7	8.5	9.0	16.5	5.2	7.1	18.5	17.3	9.9	3.2	4.2	8.2	8.0	4.6	1.9	2.5	5.5	7.1	3.8	0.9	1.2	1.9	4.4
Brasil	Total	4.5	7.4	8.0	11.4	...	8.3	14.3	15.1	21.7	...	4.4	6.9	7.4	10.5	...	2.4	4.3	5.0	7.0	...	1.5	2.6	3.8	5.5	...
	Hombres	4.8	6.4	6.7	9.4	...	8.7	12.4	12.8	18.4	...	4.7	5.5	5.6	8.0	...	2.8	3.8	4.2	5.5	...	2.0	2.7	3.7	5.3	...
	Mujeres	3.9	8.9	10.0	14.1	...	7.7	17.0	18.2	26.2	...	3.8	8.8	9.8	13.8	...	1.7	5.0	6.2	9.0	...	0.6	2.5	4.0	5.8	...
Chile	Total	8.7	6.8	6.0	10.1	10.6	17.9	16.1	13.2	21.8	22.6	8.3	6.5	5.9	9.9	10.8	5.1	3.7	4.1	7.4	7.9	5.3	3.7	3.4	6.3	7.4
	Hombres	8.1	5.9	5.1	9.4	9.9	17.0	14.0	10.7	20.4	21.8	7.5	5.5	5.0	9.3	9.6	4.8	3.0	3.6	6.4	7.3	5.6	3.9	3.7	6.7	7.6
	Mujeres	9.7	8.4	7.3	11.2	11.6	19.1	19.3	17.1	23.7	23.7	9.8	8.4	7.4	10.9	12.5	5.8	4.9	5.0	8.9	8.9	4.7	3.4	2.9	5.6	7.1
Colombia	Total	9.3	8.0	11.8	19.2	...	19.7	16.2	24.3	36.6	...	8.3	7.6	11.8	17.8	...	4.2	4.7	6.5	13.2	...	3.8	3.3	5.8	10.3	...
	Hombres	6.7	5.4	9.7	16.2	...	15.3	11.9	20.7	32.0	...	5.5	4.4	8.6	14.0	...	2.8	3.4	5.4	10.5	...	3.7	2.9	6.1	10.6	...
	Mujeres	13.0	11.6	14.7	23.0	...	24.8	21.0	28.3	41.6	...	11.8	11.6	15.6	22.1	...	6.2	6.3	7.9	16.4	...	3.9	4.2	5.1	9.7	...
Costa Rica	Total	5.3	4.2	5.8	6.1	5.2	10.5	9.7	13.0	14.8	11.4	4.9	3.8	4.4	5.3	4.6	2.5	2.3	3.9	3.0	3.1	2.9	1.6	3.0	2.3	2.3
	Hombres	4.9	3.7	5.3	5.3	4.6	9.8	8.6	11.4	14.8	10.5	4.1	3.7	3.6	3.8	3.8	2.3	1.5	3.9	2.1	2.5	3.1	1.6	3.1	1.9	2.2
	Mujeres	6.2	5.1	6.7	7.4	6.3	11.6	11.6	16.2	14.9	13.0	6.2	4.0	5.6	7.4	5.8	2.8	3.5	4.0	4.2	3.9	2.3	1.5	2.8	3.2	2.4
Ecuador	Total	6.1	7.1	9.2	14.2	8.9	13.5	14.9	18.9	25.9	17.5	6.4	6.6	9.7	13.6	8.0	2.7	3.9	4.7	9.0	5.5	1.3	2.7	3.8	8.3	5.2
	Hombres	4.2	5.7	6.9	10.5	6.2	11.2	12.7	15.1	20.0	14.4	3.2	4.4	6.4	8.0	4.0	1.7	3.1	3.6	5.5	2.7	1.3	2.9	3.4	8.6	4.3
	Mujeres	9.2	9.2	12.6	19.5	12.9	17.2	17.8	24.5	33.9	21.7	11.3	9.8	14.3	21.3	13.5	4.5	5.2	6.3	13.6	9.2	1.4	2.2	4.6	7.7	6.7
El Salvador	Total	9.9	6.8	7.3	6.9	6.6	19.3	14.0	14.6	13.9	14.3	9.2	6.8	7.7	6.1	5.9	5.7	2.6	4.4	4.4	4.1	4.3	3.4	3.5	3.8	3.4
	Hombres	10.0	8.3	8.8	8.9	9.0	17.7	15.4	16.1	16.2	17.3	8.4	7.5	8.1	6.0	7.5	7.0	3.7	6.1	6.0	6.1	6.5	5.4	5.4	6.1	5.8
	Mujeres	9.7	4.9	5.5	4.6	3.7	21.3	11.9	12.4	10.6	9.9	10.0	6.0	7.2	5.1	4.2	4.3	1.5	2.5	2.6	2.0	1.3	0.6	0.8	1.0	0.2
Guatemala	Total	3.5	2.8	...	7.1	4.8	...	2.9	3.8	...	1.6	1.8	...	1.2	0.9	...
	Hombres	3.3	3.6	...	7.2	6.0	...	2.6	4.5	...	1.5	2.4	...	1.4	1.3	...
	Mujeres	3.8	1.9	...	7.0	3.4	...	3.4	2.8	...	1.8	1.0	...	0.9	0.4	...
Honduras	Total	6.9	4.1	5.2	5.3	...	11.2	7.1	8.9	9.0	...	7.0	3.6	5.4	4.7	...	4.3	3.1	2.9	2.9	...	3.7	1.3	2.3	3.0	...
	Hombres	7.6	4.5	5.9	6.2	...	11.5	7.5	9.2	10.3	...	6.6	3.7	5.6	5.3	...	6.0	4.1	4.5	3.6	...	5.3	2.0	3.4	4.3	...
	Mujeres	5.9	3.4	4.3	4.0	...	10.7	6.6	8.5	7.4	...	7.6	3.6	5.2	4.1	...	2.0	1.3	0.8	2.2	...	0.7	0.1	0.7	1.1	...
México	Total	3.3	4.5	5.1	3.2	2.4	8.1	9.4	12.5	7.4	5.6	2.4	2.9	3.2	2.8	2.5	0.7	2.3	1.7	1.5	1.1	0.8	3.1	2.8	1.1	0.6
	Hombres	3.4	5.1	5.8	3.6	2.8	8.4	10.0	13.8	8.1	6.5	2.5	3.0	3.4	3.1	2.6	0.9	2.8	2.1	1.8	1.7	1.0	4.2	3.9	1.5	0.8
	Mujeres	3.1	3.6	3.9	2.6	1.7	7.6	8.3	10.3	6.2	4.3	2.0	2.7	2.9	2.3	2.2	0.2	1.2	1.0	0.8	0.1	0.1	0.4	0.5	0.4	0.1
Nicaragua	Total	...	14.1	13.1	13.8	20.1	20.9	20.9	14.5	13.7	11.0	11.1	9.2	12.3	10.6	7.4	10.5	...
	Hombres	...	16.5	13.6	14.0	20.3	18.9	17.9	17.3	13.2	10.3	13.5	11.2	14.3	13.9	10.1	12.9	...
	Mujeres	...	10.8	12.6	13.6	19.7	23.8	25.8	10.6	14.3	11.7	7.9	7.2	9.9	6.3	3.9	7.0	...
Panamá	Total	18.6	15.7	15.4	13.1	...	35.1	31.0	31.5	26.9	...	20.6	15.1	14.9	12.7	...	9.5	9.7	9.7	8.3	...	6.9	5.9	6.9	5.6	...
	Hombres	15.9	12.4	13.3	10.6	...	31.9	27.5	29.2	22.5	...	16.5	9.7	10.9	8.7	...	7.4	6.8	7.5	6.1	...	7.0	5.7	7.4	6.1	...
	Mujeres	22.8	21.0	18.2	17.0	...	39.9	36.9	34.6	33.5	...	26.3	22.7	20.1	18.8	...	12.5	14.0	12.2	11.0	...	6.5	6.2	6.0	4.6	...
Paraguay (Asunción)	Total	6.3	4.4	8.4	10.1	...	15.5	8.3	17.8	19.5	...	4.8	3.2	5.2	6.7	...	2.3	2.9	3.4	5.9	...	1.4	2.6	5.8	8.4	...
	Hombres	6.2	5.1	8.2	10.2	...	14.7	9.9	17.4	21.6	...	5.0	3.4	4.2	5.2	...	3.2	3.1	1.9	6.2	...	2.0	3.9	7.6	8.8	...
	Mujeres	6.5	3.5	8.7	10.1	...	16.5	6.5	18.2	17.1	...	4.7	3.0	6.5	8.8	...	1.1	2.6	5.1	5.5	...	0.0	0.7	3.4	7.7	...
Perú	Total	10.7	7.3	18.2	15.3	7.4	5.5	6.0	4.1	10.5	4.5
	Hombres	8.1	7.0	15.3	15.3	4.8	4.7	2.6	3.8	9.0	5.0
	Mujeres	13.8	7.7	21.3	15.2	10.3	6.3	9.7	4.5	13.0	3.7
República Dominicana	Total	19.7	17.0	17.0	...	13.8	34.1	30.6	27.8	...	18.8	17.3	16.1	15.7	...	13.7	9.2	10.0	10.2	...	13.3	7.4	7.4	8.7	...	9.4
	Hombres	11.3	12.1	10.9	...	8.8	22.3	24.0	20.0	...	12.9	9.2	10.4	8.0	...	8.0	5.0	6.3	6.9	...	7.5	4.0	5.8	6.1	...	7.1
	Mujeres	31.5	24.8	26.0	...	20.7	47.3	39.9	38.2	...	27.1	27.7	23.4	25.5	...	20.4	15.8	15.5	15.0	...	14.0	15.4	11.5	14.8	...	14.0
Uruguay	Total	8.9	9.7	11.4	11.2	13.5	24.4	24.7	26.3	25.8	30.6	8.2	8.4	10.5	10.0	12.2	4.3	5.5	7.1	7.2	8.6	3.5	3.8	5.3	6.1	7.3
	Hombres	7.3	7.3	8.9	8.6	10.8	22.2	19.8	21.8	21.4	27.2	6.0	4.9	7.5	7.2	8.7	2.5	3.4	4.4	3.7	5.1	3.0	3.4	4.4	4.9	5.6
	Mujeres	11.1	13.0	14.7	14.5	17.0	27.5	31.5	32.7	31.9	35.2	11.0	12.8	14.3	13.5	16.3	6.4	7.8	10.2	11.1	12.5	4.4	4.5	6.7	7.7	9.6
Venezuela b/	Total	10.2	8.9	10.6	14.5	13.2	19.3	17.1	19.8	25.7	24.3	11.3	9.1	10.6	14.7	13.1	5.9	5.3	6.8	10.2	9.2	4.5	4.2	5.5	7.8	7.3
	Hombres	11.2	9.1	9.0	13.6	12.5	19.9	17.2	16.4	22.2	22.3	12.3	8.8	8.3	12.8	11.5	6.9	5.9	5.7	10.1	8.7	5.5	4.9	5.6	9.4	8.4
	Mujeres	8.4	8.3	13.6	16.1	14.4	18.0	17.0	26.6	32.6	28.3	9.6	9.6	14.3	17.7	15.9	4.0	4.2	8.5	10.4	10.1	1.7	2.5	5.3	4.7	5.2

Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de los respectivos países.

a/ Los años exactos a los que corresponden las encuestas de cada país figuran, por ejemplo, en el cuadro 11.

b/ A partir de 1997 el diseño muestral de la encuesta no permite el desglose urbano-rural. Por lo tanto, las cifras corresponden al total nacional.

Cuadro 9
**EMPLEO JUVENIL E INFORMALIDAD, SEGÚN NIVEL EDUCATIVO, 15 A 24 AÑOS,
 1990 Y 1999**

	Proporción de empleo informal juvenil como porcentaje de empleo no agrícola			Composición del empleo informal juvenil a/				
	Total	Años de estudio			Total	Años de estudio		
		0 a 5	6 a 9	Más de 10		0 a 5	6 a 9	Más de 10
1990	42	52	38	30	100	47	41	10
1999	47	63	48	33	100	26	53	19

Fuente: Cálculo propio con base en OIT 2000

Nota: El cálculo abarca 11 países que representan 78% de la PEA latinoamericana.

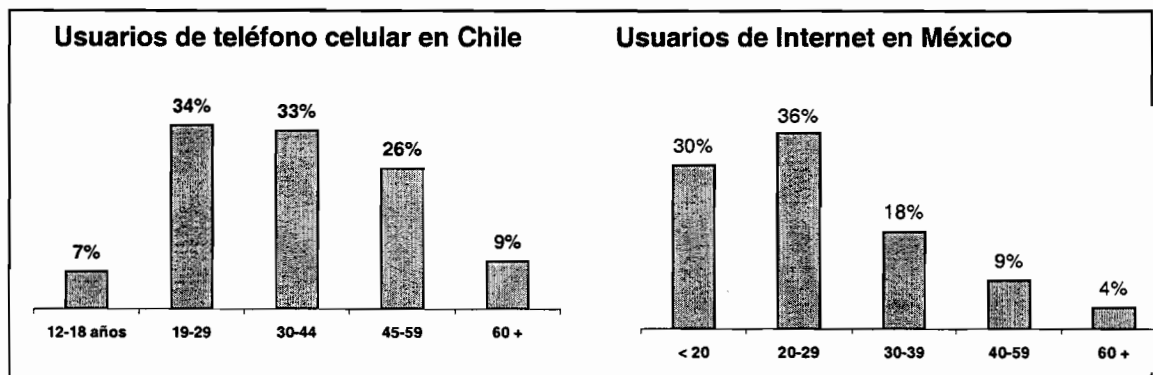
a/ No suma 100 por no declaración.

Cuadro 10
**AMÉRICA LATINA (18 PAÍSES): ACTIVIDAD DE LOS JÓVENES ENTRE 15 Y 29 AÑOS
 (Promedios simples)**

	Actividad					Total
	Trabaja y estudia	Sólo trabaja	Sólo estudia	No estudia ni trabaja	Quehaceres domésticos	
Total	40.2	7.7	22.8	11.7	17.6	100.0
Hombres	53.8	9.2	21.6	12.1	3.3	100.0
Mujeres	27.0	6.3	24.1	11.3	31.4	100.0
Total Jefes	78.4	5.7	3.7	5.3	6.9	100.0

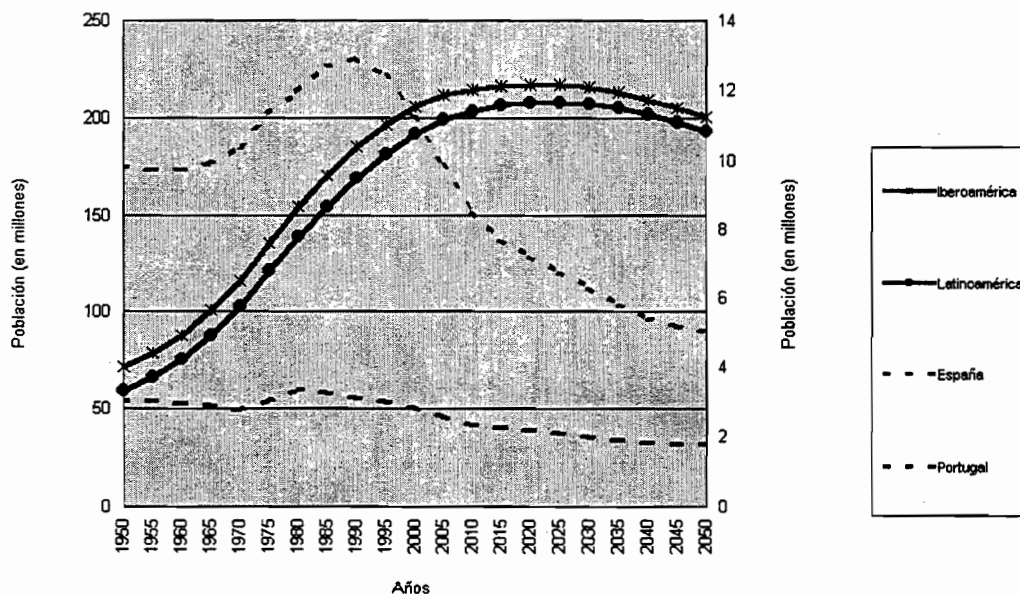
Fuente: CEPAL, sobre la base de tabulaciones especiales de las encuestas de hogar de los respectivos países.

Gráfico 1
TASA DE PENETRACIÓN DE TIC POR GRUPOS DE EDAD, 2002
(En porcentajes de cada grupo etario)



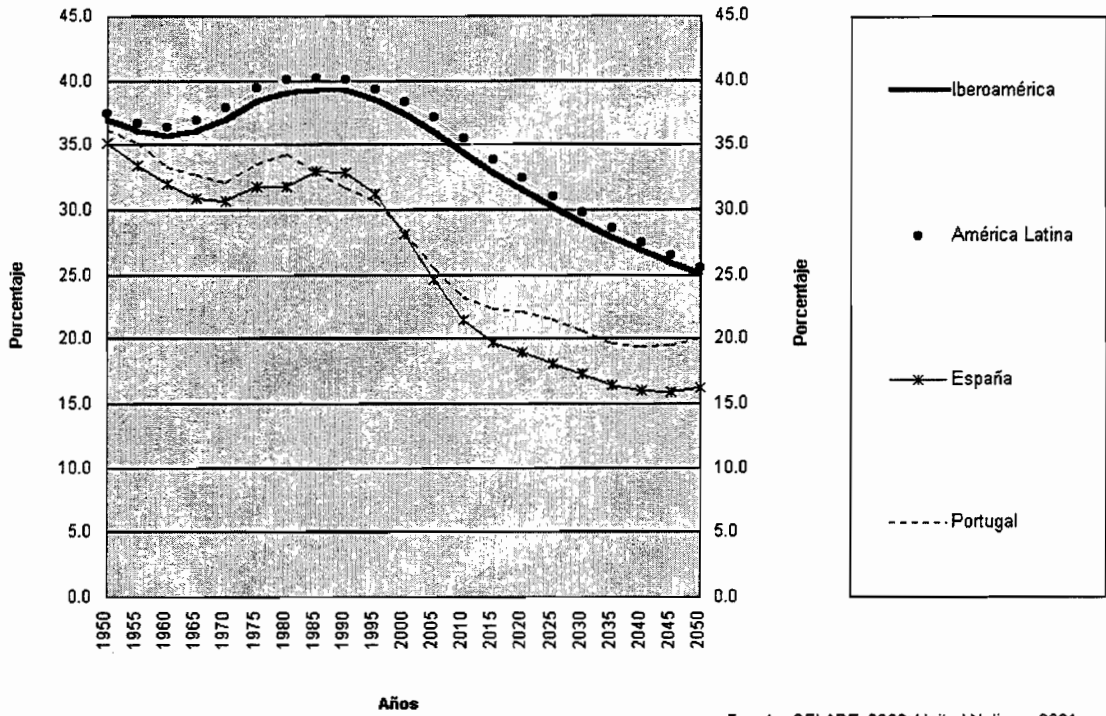
Fuente: Subsecretaría de Telecomunicaciones de Chile (Subtel), "Informe estadístico 4; caracterización socioeconómica de los servicios de telefonía y tecnologías de información y comunicación", Santiago de Chile (<http://www.subtel.cl>), 2002; Taylor Nelson Sofres (TNS), eMarketer, "Latin America Online: Demographics, Usage & e-Commerce", e-telligence for business (<http://www.emarketer.com>; http://www.emarketer.com/products/report.php?latin_am), octubre de 2002.

Gráfico 2
Iberoamérica, Latinoamérica, España y Portugal: estimaciones y proyecciones de la población joven (10 a 29 años), 1950-2050



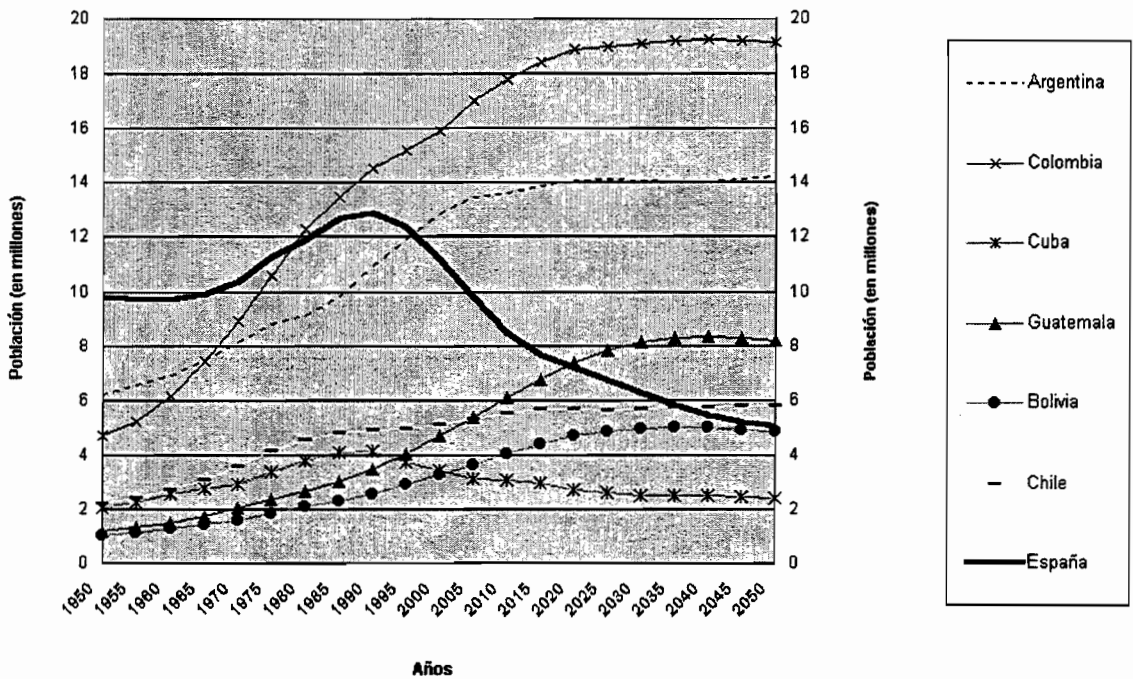
Nota: España y Portugal se describen en el segundo eje Y
Fuente: CELADE, 2002; United Nations, 2001.

Gráfico 3
Iberoamérica, Latinoamérica, España y Portugal: estimaciones y proyecciones del porcentaje que representa la población joven (10 a 29 años), 1950-2050



Fuente: CELADE, 2002; United Nations, 2001.

Gráfico 4
Iberoamérica, países seleccionados: estimaciones y proyecciones de la población joven (10 a 29 años), 1950-2050



Fuente: cálculos de los autores sobre la base de CELADE, 2002; United Nations, 2001.

Grafico 5
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: POSICIÓN EN EL HOGAR DE LAS MADRES ADOLESCENTES, PAÍSES Y FECHAS SELECCIONADAS

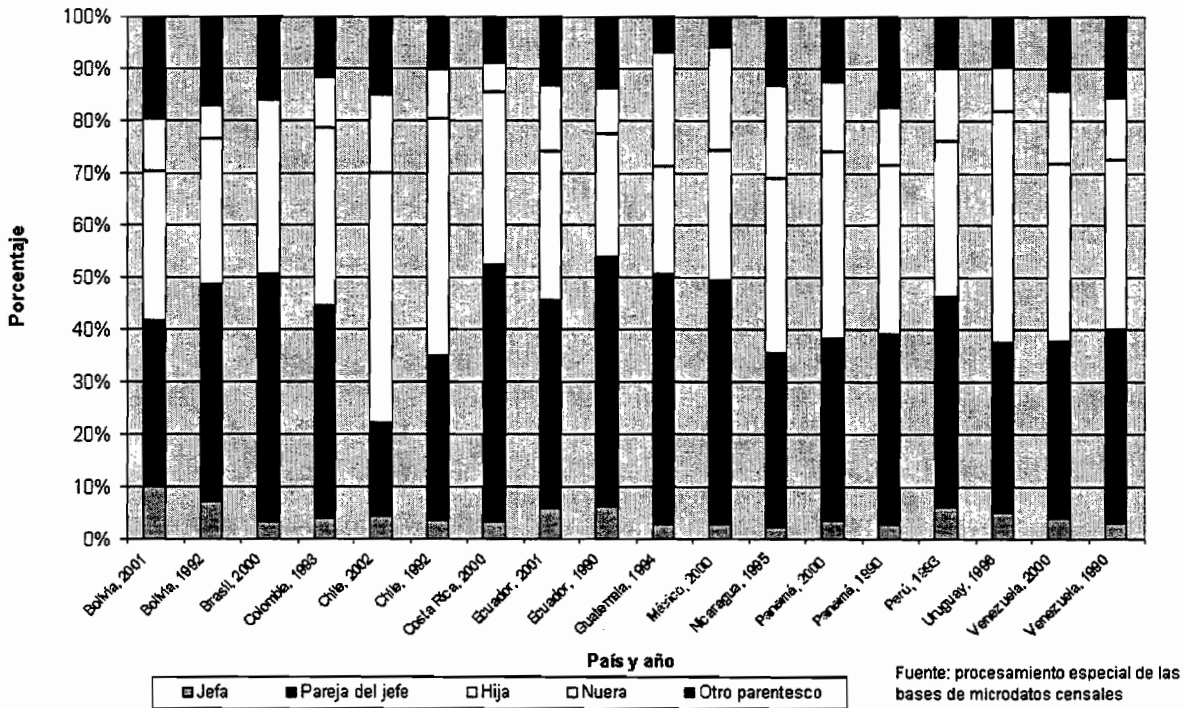


Gráfico 6

América Latina: Años de Escolaridad de la Población Juvenil, 1990 y 1999
 Latin America: Years of Scholary of Youth Population, 1990 and 1999
 (porcentajes / percentage)

